

DE RECUERDOS Y OLVIDOS

A MODO DE PROLOGO

Alguna vez, y hace de esto mucho tiempo, Borges dijo que le causaba una enorme pena que verdaderas multitudes pasaran por este mundo, sin llegar a conocer el goce de la lectura.

Querida lectora, querido lector, tú que no estás entre los que provocarían la pena de nuestro insigne finado, espéralo a Roberto Forte aquí en la portada de este libro, que él, con su mano sobre tu hombro, te llevará a caminar por la vereda de tierra de algún suburbio de su querida Olavarría, a descubrir alguna desconocida fragancia de la pampa o tal vez a entristecerte con el recuerdo de un amigo que ya se fue.

Mario Garrone

Academia Nacional de Bellas Artes

PALABRAS PREVIAS DEL AUTOR.

En cierta oportunidad, le escuché decir a un escritor famoso que todo autor debería preguntarse, antes de editar un libro para qué quiere publicarlo. Aseguraba dicho señor que si alguien dice escribir para sus amigos: debería averiguar cuántos amigos tiene antes de lanzar una edición.

Confieso que me he interrogado bastante acerca de por qué deseo que estos cuentos lleguen también a las letras de molde de una nueva publicación y he aquí una breve exposición de las razones que he encontrado a mis preguntas:

En primer lugar, creo que debo mencionar que esta es la mejor manera a mi alcance de reconocer a los habitantes de mi ciudad el apoyo que siempre me han brindado en este oficio de escribir cuentos y, además, porque sin haberme propuesto escribir para determinados lectores, mis relatos han llegado a las escuelas, donde amigos maestros y profesores de literatura han utilizado mis modestos trabajos como libros de texto en diferentes cursos e incluso los han adaptado para distintas expresiones teatrales y también plásticas. Así fue, que frente a esta deuda de honor nació la idea de compendiar estos relatos - dedicados a mi pueblo y a alumnos que se han tomado la molestia de ocuparse de mis narraciones- sin orientarlos demasiado a ninguno de los actuales niveles de enseñanza, pero con la intención de llegar tanto a chicos mayorcitos de primaria, como también a aquellos alumnos adolescentes y adultos que cursan la enseñanza media.

Y como una forma más de reafirmar mi homenaje, me he permitido incluir en este volumen, dos relatos ya aparecidos en mis libros anteriores. Ellos son "Los fabricantes de estrellas" y "El cazador de pájaros", porque ambos contienen pinceladas de mi Olavarría natal y porque ambos han sido bien recibidos por mis lectores en general y por alumnos en particular.

Recuerdo una oportunidad, cuando mi hijo concurría aún a la escuela primaria, fui invitado a un acto con distintos números artísticos por parte de los chicos.

En cierto momento, se abrió el telón, comenzó una representación de teatro de sombras y con sorpresa pude comprobar que la obra era

"Los fabricantes de estrellas", un cuento nostálgico, ambientado en mi ya lejana niñez.

Yo no cabía en mi emoción: la imagen de mi hijo me representaba siendo yo niño y la sombra de su amigo era mi amigo en la realidad.

No sé si estos pasajes sirven para ilustrar mi agradecimiento, tampoco sé si este libro cumplirá su objetivo. En cambio sí sé que la mayoría de las veces no alcanzan las buenas intenciones, no obstante, querido lector, quiero asegurarle que en estos cuentos he puesto las mejores que poseo y también todo mi corazón.

Roberto A. Forte

LA NOSTALGIA

-UN COFRE EN EL TIEMPO-

- A Rita, con quien nos emocionamos al leer este cuento.
- A Silvana, que lo ilustró.
- A Marcos, quien a veces se parece a mí.
- A Mario, por tantos años de amistad.
- A Carlos Florencio, a quien a pesar del tiempo y la distancia, reencontré en la madurez de mi vida.

Nos confundían a menudo, teníamos la misma edad, el mismo cabello lacio descolorido por el cloro de la pileta, la misma estatura y cierta palidez en el rostro, que nos hacía parecer inocentes de toda culpa.

Ese gran parecido físico contribuía, quizás para que nos buscáramos a toda hora para jugar y vagabundear juntos.

Su familia había llegado al barrio y se había instalado en la casa grande, vecina a la escuela, la que tenía dos plantas y muchas habitaciones.

Su padre, debido a la naturaleza de su actividad militar, cambiaba de destino continuamente. Así pues que la familia se mudaba de pueblo en pueblo, sin arraigarse en ningún lugar.

La última mudanza procedía de las provincias cuyanas y los chicos, tenían un acento dulzón, no muy pronunciado pero sumamente cálido.

Nuestra amistad había tardado en surgir. Cuando nos conocimos, nos habíamos estudiado uno a otro como lo hacen los boxeadores en la presentación. No habíamos hablado casi, como esperando que el otro descubriera alguna debilidad.

Así estuvimos, observándonos y midiéndonos un tiempo, hasta que de pronto la amistad pareció instalarse y de un golpe supimos todas nuestras intimidades y nos revelamos todos nuestros secretos.

No sé bien qué nos unió tanto, quizás haya sido que nos gustaban las mismas películas, las mismas chicas del barrio, que ambos leíamos las mismas historietas o que teníamos la guardia zurda, cuando boxeábamos, pese a ser diestros.

Hoy que lo veo a la distancia, pienso que quizás fue esto último lo que más nos relacionó, pero también fue lo que contribuyó a alejarnos.

Boxeábamos mucho en esos días, máxime que en el garaje de su casa guardaban guantes de box de verdad. Teníamos pues similar parada, e idéntica guardia; por eso sabíamos de dónde venían los golpes, aunque no podíamos evitarlos y solíamos quedar extenuados, muy golpeados y doloridos, pero siempre dispuestos a superarnos en un próximo combate.

En mi vida he perdido queridos amigos. Alguno están lejos, otros

ya no regresarán, pero nunca he logrado resignarme al no haber sabido conservar ciertas relaciones que tan importantes fueron en algún momento de mi existencia, y sin embargo las perdí, porque los seres humanos vivimos renunciando a las cosas que amamos y que nos hacen bien, porque en el fondo somos débiles criaturas que no sabemos elegir.

Pero ésta no trata de ser la historia de una despedida, sino que quiere ser la pintura de aquel magnífico lazo que nos unió, sin importar por cuánto tiempo, sino por la poderosa atracción que generó y que aún experimento en ocasiones, cuando se dan los extraños mecanismos mentales de asociación de hechos.

Dije anteriormente que nos estuvimos estudiando un tiempo antes de amigarnos, pero creo que fue una tarde de junio cuando lo vi por primera vez. En realidad era un anochecer frío y neblinoso, cuando los días de invierno se acortan notablemente en esta zona pampeana y el manto de la noche cae de repente.

Eran tres los chicos que jugaban, luego supe que eran los tres hermanos, y lo que me asombró fue la naturaleza del juego, casi rayana en la temeridad.

Hacía mucho frío y yo me había provisto de toda la ropa posible, incluso de una bufanda que me cubría medio rostro, lo que aseguró que no me recordaran después del encuentro.

Ellos escalaban una pared. En mi niñez y adolescencia he subido paredes y muros de ladrillos, pero nunca había imaginado algo así.

Lo que ellos escalaban no era un tapial, sino el frente de una casa. El mayor adelante, los dos menores atrás pendían de una sogá que se descolgaba del techo. Se tomaban con ambas manos de la cuerda y paso a paso, caminaban por la pared.

No podía creer lo que veía, así que crucé la calle para observar con más atención.

Tenían las manos enfundadas en guantes, correaes varios les rodeaban los cuerpos y lo que más me asombró fueron los zapatos con grampas.

Yo quedé boquiabierto mirando largo rato ese ascenso que nunca hubiera creído posible.

- ¿Qué mirás papanatas ? - me gritó el más pequeño - ¿ Nunca

viste una cordada?

No, efectivamente yo nunca había visto nada igual, nada sabía de equipos de andinistas o de escaladores de montañas.

Me alejé un tanto avergonzado y cuando llegué a la esquina miré por encima del hombro.

Los faros de un auto iluminaron cuando el mayor pasaba su pierna por el friso y se erguía en lo alto, llamando a los demás para que apuraran el escalamiento.

Mientras yo miraba, caí en cuenta de lo mucho que quería conocerlo.

Mi segundo encuentro con el grupo se produjo en pleno día y a cara descubierta. Es más, debo reconocer que en un principio pensé en unirme al "juego" que practicaban.

Uno de los hermanos lucía un hermoso casco de acero del Ejército Argentino y los restantes apuntaban y disparaban con una honda. Yo solamente observaba y ellos me invitaron a participar. Asustado no tuve coraje ni para apuntar ni para vestir el casco, así que -balbuceando- inventé una excusa y prácticamente hui despavorido.

El tercer encuentro, donde se produjo mi integración, tampoco fue muy calmo. Ya era primavera y todos los chicos del barrio acostumbrábamos a salir en bicicleta por las tardes. En esos días las calles eran muy tranquilas, con pocos autos, y una vez que el comercio cerraba sus puertas, se podía vagar tranquilamente, sin peligros ni molestias por boulevares y calles suburbanas.

Si embargo, la mayoría preferíamos el parque, casi diez cuadras de canteros, entre los cuales el constante ir y venir de las bicicletas, había marcado el terreno con decenas de senderos consolidados.

Teníamos allí verdaderos circuitos para realizar carreras de bicicletas: uno menor circular -generalmente usado por los más pequeños- y uno mayor, con una curva peraltada que muchas veces provocaba rodadas y revolcones con codos y rodillas raspadas.

Yo poseía una bicicleta, de propiedad compartida con mi hermana, de cuadro convencional y ordinario, pero muy veloz porque probablemente el fabricante había equivocado el armado y había colocado una corona para carreras, es decir que la relación corona-

piñón, posibilitaba mantener la velocidad una vez que se realizaba el esfuerzo de aceleración inicial.

Aquel día llegué tarde al circuito. Muchos chicos pedaleaban con sibilante rodar. Era un atardecer plácido, dorado con el reflejo de los aromos en flor y aromatizado con los eucaliptos centenarios y el elevado pinar.

Los tres hermanos estaban allí y corrían entre los canteros. El mayor tenía una bicicleta hermosa, color fuego con horquillas cromadas, brillantes como espejos y con cambios de marcha, algo verdaderamente exótico para nosotros.

No sé bien qué me sucedió, quizás quise impresionarlos con mi velocidad constante en toda la vuelta, con mi forma de tomar las curvas sobre el peralte; lo cierto fue que las cubiertas de mi bicicleta, lisas y gastadas, derraparon sobre las flores secas de los eucaliptos y caí al salir de la curva, con tremendo estrépito y un largo arrastrar.

Fue imposible pasar desapercibido, las rodillas raspadas hasta las rótulas, me ardían que era un espanto, me había roto la camisa sobre el codo derecho, y para peor la bicicleta no funcionaba más porque una palanca se había doblado y era imposible completar el giro de los pedales.

Todo era un verdadero desastre, no me importaba tanto el regreso a mi casa, con la bicicleta inútil, la ropa rota y las rodillas sangrantes, sino mi orgullo herido por las burlas que ya nomás vendrían...

Debo reconocer que algunos muchachos del barrio se rieron y lanzaron los mismos e imbéciles comentarios de siempre:

- Vení que te levanto.
- Aprendiste en un curso por correspondencia y te faltaron hojas...
- Las ruedas tienen que tocar el suelo.
- Etc., Etc....

Sin embargo, lo que más temía no sucedió, sino que aconteció todo lo contrario: los forasteros se acercaron y para nada se burlaron, me ayudaron a llevar a la rastra mi bicicleta, me sacudieron la ropa... y lo increíble: el mayor -en ese momento conocí su nombre-me ofreció su bicicleta.

Me dolía todo el cuerpo y mi alma también, pero no pude resistir

la tentación y di dos vueltas con esa ágil máquina que parecía una pluma, que no producía otro ruido que el zumbido de los bolilleros y rodamientos.

Fue una bendición, cuando agradecido devolví la bicicleta, me hubiera hecho matar por aquel pibe de rostro pálido y sonrisa luminosa.

Al día siguiente, fuimos al cine en barra. No era una función continuada como las que acostumbrábamos a presenciar los miércoles, con series, noticieros y variedades. Eran dos películas con intervalo, como el cine para "grandes"...

Recuerdo que la tarde era calurosa y la sala muy grande, pero poco concurrida y fresca. Ocupamos una larga hilera de butacas y conversamos mucho pues nuestra amistad crecía.

Los argumentos de aquellos filmes se han evaporado de mi memoria con el paso del tiempo, pero aún conservo imágenes que creo nunca olvidaré:

La primera película era del Far-West, con cazadores de caballos cerriles entre cañadones rojizos, había también un hermoso caballo azabache -dejado al fin en libertad- y recuerdo la oficina de un alguacil, un Winchester .44 muy largo con el cañón cincelado de lujo... y un farol en una ventana que miraba la noche con tonos muy azulados -como sólo el Technicolor del cine de aquellos años podía dar-.

La segunda película era inquietante: una incógnita cósmica, con la atmósfera de las historias de ficción que ya comenzábamos a leer en folletines denominados "Más allá de la ciencia y de la fantasía".

Salimos extasiados del cine, deslumbrados por nuestro propio asombro... La noche recién comenzaba, tomamos helados y caminamos despacio hacia el barrio, comentando las películas e hilvanando nuevos relatos. Por el sudeste se formaba una tormenta de verano, de esas que nunca llegan, con relámpagos lejanos que iluminaban los altos cúmulos inflados como copos gigantes.

Nos sentamos en los escalones del almacén de la vieja esquina y allí conversamos hasta que lo llamaron de su casa para cenar. No habíamos agotado para nada los temas, que parecían surgir de la energía de los refucilos del sur, pero ya sabíamos todo de nosotros y éramos amigos.

Ese verano fue inolvidable: pescamos como nunca, él nada sabía de arroyos de pradera y yo nada sabía de ríos de montaña, pero juntos intercambiamos métodos de pesca, cebos, mañas y obtuvimos resultados que nos maravillaron.

Pero lo mejor vino con el carnaval. En esos días los festejos duraban cuatro días seguidos y los chicos disfrutábamos a mansalva: por la mañana nos pertrechábamos cargando globos de agua, verdaderas bombas de mano, por la tarde jugábamos a baldazo limpio hasta agotar los tanques domiciliarios y al atardecer comenzábamos a prepararnos para asaltos de máscaras o comparsas de barrio.

Nunca olvidaré una de las fiestas de disfraces, ambos nos disfrazamos, intercambiando nuestras ropas, de manera que uno se convirtió en el otro. Nuestro disfraz de copiarlos hasta el mínimo detalle resultó perfecto y tardamos tres semanas para corregir las confusiones que provocamos esa noche.

Creo que fue en ese momento que tomamos conciencia de nuestro gran parecido y a partir de entonces forjamos nuestro pacto, un verdadero tratado de sangre con gran cantidad de articulado escrito que llamamos "nuestra constitución".

Habíamos reglamentado nuestras actividades y nuestras relaciones y habíamos agregado algo que creímos inédito, para chicos de nuestra edad: enterraríamos un cofre en lugar secreto sólo conocido por ambos. Un verdadero tesoro donde cada uno guardaría algo muypreciado como regalo para el otro y además juraríamos que ante cualquier disputa que pudiera separarnos, el cofre quedaría siempre como testimonio y garantía de eterna amistad. Bastaría con que el ofendido dejara ahí sus reparos y aclaraciones para que, seguramente, obrara el milagro de la reconciliación.

Fue hermoso enterrar el cofre. En realidad fue toda una aventura buscar el lugar, realizar el ritual, y confeccionar el mapa para la búsqueda posterior.

El proyecto lo concretamos una tarde tibia de abril y juntos enfilamos las bicicletas hacia el antiguo boulevard arbolado que llevaba a la zona llamada industrial.

Recorrimos largo trecho, oyendo el crujir de las hojas muertas

bajo las ruedas, hasta que las edificaciones comenzaron a espaciarse y luego tomamos una bocacalle de tierra, donde era difícil circular por los huellones formados en el barro seco.

Seguimos un tanto a pie y de pronto nos detuvimos: tras un alambrado, entre un maizal, se erguía imponente una columna de cemento correspondiente a una línea eléctrica madre.

Pero no fue esa imponente columna lo que nos detuvo e hizo que nos miráramos convencidos que ése debía ser el lugar apropiado. La clave de la cuestión estaba en el número pintado en el poste: el 32, era nuestro número, el símbolo de la fortuna y del porvenir.

Nos bastó esa mirada de conformidad para comenzar a hacer el pozo con nuestros cuchillos de monte, sacando tierra con las manos. Cavamos aproximadamente cuarenta centímetros de profundidad, más que suficiente para enterrar "el cofre", un viejo alhajero de plomo que había sido de mi abuela.

Después vino el ritual: yo ofrendé el sello de lacrar correspondencia con las iniciales de mi padre, algo que había atesorado siempre, y mi amigo depositó su pertenencia más valiosa, un yesquero confeccionado con una cápsula de bala de máuser, regalo de un soldado.

Guardamos también monedas, algunas bolitas, dos soldados de plomo y el original de "nuestra constitución", previamente firmado por ambos y cuyo preámbulo era digno de los constituyentes de 1853.

Cuando todo estuvo consumado, emprendimos el retorno. No hablamos por largo rato, yo tenía cierta sensación entre solemne y aterradora, como que algo había quedado atrás ya para siempre.

Esa noche tenía programado ir al cine con mis padres, pero no lo hice. Inventé una descompostura para quedarme a charlar largo rato con mi amigo, y entonces sí que agotamos todos los temas y planteamos todas las incógnitas de nuestros escasos once años.

Pero el otoño estaba pasando y los días destemplados nos alejaban cada día más de la actividad al aire libre y nos obligaban a buscar otras ocupaciones y pasatiempos...

... Fue cuando descubrimos los guantes y comenzamos a boxear...

Al principio fue sólo pasatiempo, que primero pareció diversión, pero que pronto se transformó en competencia y en arduo trabajo de

mejoramiento de técnicas.

Como dije antes, boxeábamos mucho con similar guardia de zurdo, pero pegada de diestro y creo que aprendimos bastante en esa aproximación al esforzado deporte de los puños.

Pero las cosas no son siempre perfectas y sucedió que un muchachón, que sabía de box, comenzó a frecuentar el barrio y terminó por entrenarnos formando prácticamente una escuela y organizando encuentros por edades y por corpulencia.

Fue una desgracia, nuestra similitud de físico hacía que nos tocara medirnos siempre y ya no era por placer. Tratábamos de disimular, pero la competencia nos oprimía a tal extremo que llegué a odiar los momentos previos a cada enfrentamiento.

Tenía que suceder y sucedió. Fue un sábado por la mañana, lloviznaba, la escuela estaba avanzada y ambos nos sentíamos mal porque nos habían separado y concurríamos a divisiones distintas de un mismo grado.

Yo avancé despacio desde mi rincón, con mi guardia zurda un tanto baja y sentí cómo me picoteaba con rápido "jab" en el pómulo. Era su aviso, yo sabía que después vendría su derecha, directa hacia arriba...

... No me cubrí, el golpe llegó y me dolió. Quise contragolpear, pero él me dio la espalda... Los que presenciaban la pelea se rieron y el árbitro nos separó.

Volví a avanzar despacio y el aviso sobre mi pómulo se repitió, me enfurecí y lancé mi derecha a ciegas. Bien a ciegas, porque todo se oscureció para mí y el piso me golpeó en la espalda.

Cuando desperté, me mojabán la cara con un trapo. Mi amigo ya no estaba, vi algunas sonrisas socarronas y escuché algunos comentarios:

- ¡Qué paliza !...
- Te llenó la cara de dedos...

Tiré los guantes al rincón más alejado del garaje y me fui a mi casa.

No almorcé y esa tarde me quedé adentro, escondiendo mi mandíbula amoratada y haciendo deberes escolares para toda la semana.

Me sentía terriblemente ofendido, él no debía haberme dado la espalda, me había humillado.

A la tarde del domingo todavía no lo había vuelto a ver... y entonces recordé "nuestra constitución", enterrada en el cofre allá adelante, al pie del poste 32. Decidí que era el momento de utilizarlo y como me consideraba ofendido, escribí mis puntos de vista en una larga nota que, en definitiva, reclamaba una reparación para mi honor. Estaba seguro que él me ofrecería disculpas, mientras tanto no le dirigiría la palabra.

Ese lunes, en el recreo de la escuela, lo ignoré olímpicamente y cuando su fila formó a nuestro lado, fingí no verlo. El martes o el miércoles enterraría mi carta dentro del cofre... allá adelante.

El martes no tuve ganas de hacerlo, el miércoles y el jueves llovió como nunca y luego me enfermé, una gripe temprana me postró en cama con treinta y nueve grados de fiebre.

Enfermo y con fiebre tuve pesadillas, soñé que el cofre había sido abierto y mi mensaje, arrastrado por el agua nunca sería leído. Soñé también que la respuesta nunca llegaría a mis manos... y en realidad nunca llegó porque nunca recurrí al cofre, ni tampoco alcancé a enterrar mi carta.

Los acontecimientos se precipitaron, y cuando me levanté de la cama, di los primeros pasos por el barrio y volví a la escuela, tuve la revelación: mi amigo ya no estaba, un destino imprevisto había trasladado al militar y a toda su familia. La casa estaba vacía y los lazos que mi amigo y yo habíamos tejido y que creíamos tan sólidos, se habían roto definitivamente.

Con el tiempo creo que olvidé el poste N° 32. La zona fue urbanizada, mucho pavimento fue construido y yo imaginé al cofre bajo gruesa capa de hormigón.

Algunas veces me llegaron comentarios sobre el posible paradero de la familia de mi amigo, pero nunca un domicilio cierto; además en mi país, civiles y militares hemos estado desencontrados por largo tiempo.

La vida me sacudió bastante o quizás no demasiado: crecí, estudié, el trabajo me absorbió, me enamoré, vinieron los hijos... y un día, un acontecimiento inesperado me retornó de un solo golpe al pasado...

...La perra de nuestra casa murió y nuestros hijos no tenían consuelo. En realidad, los mayores tampoco lo teníamos, pues nada nos enfrenta más con la impotencia de nuestra vana existencia, que la muerte de seres inocentes.

Y nosotros no teníamos respuestas, más que algunos balbuceos sobre el paraíso de los animales, que más desesperaba a los chicos al imaginarlos allí, desprotegidos, en eterna soledad.

No sé qué impulso o qué extrema debilidad, me motivó a mencionar el sitio de mi niñez... El sitio destinado a días mejores...el cofre en el tiempo.

Fabulé sobre el lugar asegurando que mis respuestas de niño siempre habían estado allí, cuando en realidad nunca había vuelto para abrir el cofre.

Quizás fue impotencia, quizás mi culpa añeja o el deseo humano de encontrar en lo mágico la cura para nuestros males o la serena resignación...

Mi esposa entre llantos dispuso la pequeña perrita en una caja, la arropó como para una noche de invierno y juntos con los niños escribimos una nota, que era una especie de carta de presentación para el portero del paraíso perruno, para luego emprender el trayecto en auto, rumbo a la gran avenida de entrada a la ciudad.

Nuestra hija sollozaba quedamente acunando la caja y de tanto en tanto, preguntaba algo del sitio que albergaría para siempre a su perrita.

Creo haber pensado por algunos instantes que el poste N° 32 estaría rodeado de pavimento y que sería imposible hallar el lugar... pero como dije, fue sólo un instante, pues luego -como en una forma de defensa- todo me pareció ubicarse atrás en el tiempo, cuando de chico todo era posible, todo podía suceder.

... Y realmente sucedió: salimos de la ancha avenida hacia una calle lateral, también pavimentada y de pronto aparecieron árboles que no recordaba; un pequeño monte libre de toda edificación, como reservado para algo o para alguien...

... Mirá los árboles, álamos y eucaliptos y pensé que en treinta años los cuerpos vegetales podían obrar maravillas.

No recuerdo haber detenido el motor del auto, pero allí estábamos

a la vera de la arboleda.

Descendimos, nuestros hijos quisieron llevar la caja y avanzaron con dificultad debido a los altos pastos. Quise ayudarlos y al agacharme para hacerlo, pude ver como un puntal de cielo entre el espeso follaje: allí estaba el poste N° 32, aislado, erguido, sin cableado, sin luces, sin función aparente...

Yo estaba seguro del significado de esa señal, y hacia ella me dirigí pala en mano, seguido por el pequeño cortejo que portaba la caja.

Torpemente cavé una pequeña tumba de pocos centímetros de lado y algo más de profundidad. La falta de costumbre me hizo jadear, el sudor me cubrió la frente y, cuando una última palada chocó contra algo metálico, algunas gotas penetraron en mis ojos con una sensación muy parecida al llanto.

Los chicos no se sorprendieron cuando retiré el cofre metálico de la pequeña fosa, para ellos era algo natural que estuviera allí, porque los niños nunca dudan de lo que cuentan sus padres. En cambio para mí fue una impresión profunda, mezcla de sorpresa, encanto y mágico reencuentro.

Con mi esposa depositamos la caja de cartón, la cubrimos con la rica tierra negra del lugar y los chicos desarrollaron un ritual que seguramente tenían preparado: esparcieron algunas violetas sobre el montículo, lloraron bastante, creo que rezaron y luego me observaron con alguna curiosidad.

Yo me había apartado algo mientras limpiaba la tierra adherida al plomo con arabescos del cofre, el viejo alhajero de mi abuela...

... Lentamente, conteniendo la respiración lo abrí y saqué el tesoro enterrado casi cuarenta años atrás, que encendió el rostro de nuestros hijos y borró algo de su pena infantil.

Allí estaban: monedas de antaño, bolitas coloridas de porcelana - que solíamos llamar de "por- cel" -, dos soldados de plomo que debían ser la custodia de las "joyas"... También estaba el yesquero, aquella bala de máuser transformada en encendedor, pero con asombro noté que faltaba el sello de lacrar de mi padre.

Busqué en el fondo del cofre y abrí el sobre de hule que alguna vez fabricáramos: "nuestra constitución" de largo articulado tampoco

estaba, pero en su lugar vi otro papel amarillento por los años.

El corazón me dio un corcovo en el pecho, cuando reconocí la letra a pesar del tiempo... Podría recitar esos párrafos en cualquier orden que se me pidiera, aunque ahora no tiene sentido transcribirlos íntegramente:

- Cuando leas esta carta ya me habré ido...

- Siempre seremos amigos...

- Al pie encontrarás mi dirección en Entre Ríos...

- Espero tu carta...

- Cuando me visites en mi nueva dirección, ya el enojo se te habrá pasado. Iremos a pescar al río, allí el Uruguay parece el mar...

... Nunca nos peharemos, si alguna vez volvemos a calzar guantes será para jugar y no permitiremos que nadie nos vea...

Mi esposa y mis hijos me observaron llorar y respetaron mis lágrimas. Era el lugar de mi niñez y ellos percibían esa sensación mejor que nadie... Yo leía la carta una y otra vez... Esa carta que, hasta ahora, no he podido responder. Me detenía y volvía a empezar y una congoja sin igual se abalanzaba en mi pecho.

Nunca, hasta ahora, logré establecer el paradero de mi amigo... pero sé que algún día será... simplemente sucederá y entonces, el tiempo no tendrá importancia, los olvidos no serán olvidos y yo podré purgar aquel doliente pecado de omisión.

-LOS FABRICANTES DE ESTRELLAS-

Diciembre había llegado inadvertidamente, el viento caluroso de sus mediodías había borrado ya los momentos de angustia de la escuela, el clamor de los recreos de "agarrada" y rayuela, el polvo de la tiza y la tinta de los guardapolvos. Había llegado el tiempo de las siestas somnolientas de los mayores y de las calles solitarias, donde se podía vagar e imaginar sin barreras, sintiendo el quemar del asfalto a través de las zapatillas de goma.

Tenían once y nueve años respectivamente y miles de imágenes fantásticas en la mente, el mecano gigante y el auto a pedal. Todas las tardes a la misma hora, en forma sincronizada, salían al unísono de las puertas de sus respectivas casas, distantes una cuadra una de otra, y saltaban al medio de la vereda. Se solazaban de la perfección de su cálculo y con risas se unían para emprender la correría diaria, que tanto podía ser acribillar con cerbatanas a las gallinas de los hermanos almaceneros de la esquina, como hartarse de higos en las plantas de las "Tías" o pescar mojarras ariscas en el remanso barroso debajo del puente.

Eran casi primos, pero de tan amigos, eran más que hermanos.

Con el correr del mes, la Navidad se acercaba. Se insinuaba cada día más en las vidrieras de los comercios, con botellas de sidra, con guirnaldas coloridas y cuajadas de arabescos brillantes, con hojas de muérdago en los dinteles y con figuras del rechoncho Santa Claus y su trineo nórdico.

Tal proximidad de esa fecha, los llenaba de emoción, sólo comparable con la que les inspiraba el advenimiento del Carnaval o las

fogatas San Juan o San Pedro y San Pablo. Planeaban juntos un árbol de Navidad gigantesco, con globos de cristal brillante y con luces intermitentes que reflejaran figuras.

Y así, tan imperceptiblemente como diciembre había llegado, de pronto la Nochebuena estuvo tan cerca que casi podían percibir el perfume del pan dulce casero mezclado con el de las ciringas en flor en el patio viejo y el batir del clericó en grandes potes de ensalada. Se sentían tan excitados, que hasta habían olvidado los chapuzones en el arroyo, bajo los sauces y tan contentos que una noche tibia, mientras arrastraban una gran rama de pino para armar "el árbol" y a sus pies el pesebre, resolvieron agregar una nueva atracción al festejo familiar: fuegos artificiales.

Con la impaciencia nacida de los días de ocio y entre charlas llenas de sueños y algo de miedo, comenzaron a tejer un plan que tuviera resultados inmediatos. Discutieron primero acerca de cuáles serían los artificios más eficaces, debatieron acaloradamente sobre la magnificencia de cañas voladoras reforzadas, "buscapiés" atados con alambre en grupos apretados, de tubos lanzachispas y de globos de fuego feniano, pero la conclusión era siempre idéntica: carecían de recursos necesarios.

Ante tanta impotencia intentaron asaltar la tienda de cotillón, pero pronto desecharon la idea después de comprobar que todos los juegos posibles de hurtar, no pasaban de ser simples cohetes de reducido tamaño y escaso efecto.

Entonces, de pronto, encontraron la piedra cúbica del problema, fabricarían sus propios fuegos de artificio, sus fuegos de Lorena, sus bengalas policromadas y para obtener el máximo éxito, recurrirían al tío Severo que todo lo resolvía en un periquete, con sus años de experiencia y noches de sabiduría e insomnio.

El viejo Severo dormitaba en su sillón hamaca, cuando lo despertaron entre gritos y, con pelos y señales, le expusieron sus pretensiones. Pasado el primer momento de sorpresa e irritación, el viejo sonrió tras sus ojillos ladinos y aseguró que conocía algunas fórmulas caseras, para obtener con elementos fáciles de conseguir, pero que dudaba de dárselas; pues "eran cosas peligrosas para chicos irresponsables".

Prometieron tener cuidado y ser más buenos que malvas si les brindaba el secreto y cuando desesperaban y estaban al borde de las lágrimas, el tío comenzó a mostrarse piadoso y luego, con aire paternalista, les pidió que prestaran atención o tomaran cuidadosa nota:

Nada había más hermoso -según dijo- que el fuego lorenés, pero consideraba que la solución de fósforo en sulfuro de carbono era muy difícil de lograr y además muy peligrosa, pues se inflamaba al evaporarse el sulfuro de carbono. Estimaba pues que lo más acertado, económico y fácil eran los fuegos artificiales de efecto teatral, tan inofensivos que podían ser quemados en una habitación... Debían para ello mezclar quince partes de azufre, quince de pólvora común, treinta partes de alcanfor, dos de goma arábica, cuatro partes de alcohol y diez partes de aceite de linaza. Calentando la mezcla lentamente se obtenía una pasta que endurecía después y podía ser dividida en cubos. El mismo les podía facilitar los elementos, con excepción de la goma arábica, pues carecía de ella.

Eufóricos se despidieron del tío deshaciéndose en promesas de eterna bondad. Se citaron sin falta para el día siguiente a las ocho y se apartaron entre mutuas recomendaciones.

Esa noche casi no durmieron, presa de la exci-tación y de alegría. A la mañana se encontraron en la esquina del almacén y, tras dudar un momento, acordaron comenzar la experiencia en el techo del galpón , bajo el parral tupido de uva chinche y allí trasladaron un pequeño brasero y un gran recipiente. Era el día domingo 23 y pocas horas quedaban para la Nochebuena.

Cuando comenzaron a revolver la mezcla, ambos palidecieron. Habían olvidado la goma arábica y no tenían idea de lo que eso era ni de dónde podían conseguir tan extraño y preciado elemento. Buscaron inútilmente al viejo Severo, pero se había ido de pesca. Entonces resolvieron reemplazar tal goma por mayor cantidad de aceite de linaza, pues estaban convencidos de que nada podía cambiar.

Llevaban tres horas de turnarse para revolver cuando comenzó a llover y ante el miedo de malograr la experiencia, decidieron bajar y entrar al galpón.

Al anochecer, exhaustos y ahumados, comprobaron que la mezcla

no se espesaba y cuando se les ocurrió aumentar el fuego para apurar el trámite, el recipiente se incendió. Asustados trataron de apagar el fuego con agua, pero el contenido pareció estallar y miles de chispas inundaron el galpón, alarmando y enojando a padres y vecinos. Todo había sido inútil, habían fracasado y para colmo debían ahora dar cientos de explicaciones y pedir disculpas.

La Navidad llegó, las campanas de gloria trajeron la armonía y los buenos deseos, depositando en la Tierra, en un instante, toda la paz que por siempre debiera reinar en el mundo... y mientras los grandes se auguraban buenaventura entre brindis de alegría, en un rincón nueve y once años de cándida inocencia se sumaron en un abrazo y juntos lloraron, quizás por primera vez en esa hora de ese día tan esperado.

El viejo Severo los observaba desde su sillón hamaca y sus ojos chispearon hondo, con innumerables recuerdos de luces y sensaciones olvidadas. Se acercó a ellos con su renguera de siempre, mitad verdadera, mitad fingida y muy quedamente les dijo:

- Tengo para ustedes los Fuegos de Lorena más fastuosos que pueden imaginar, vengan conmigo.

Corrieron tras él, el viejo ya no renqueaba, también corría.

- Ya vengo - Agregó y entró en su pieza.

Oyeron los viejos cajones abrirse y cerrarse. Oyeron cómo caían al suelo trastos arrumbados medio siglo atrás...

... Y entonces apareció; radiante, un trípode en una mano, un largo tubo en otra.

Ante el estupor de los chicos, el viejo ajustó, calculó, volvió a ajustar... y de pronto, frente a ellos, se irguió un esbelto telescopio que enfocaba su ojo hacia Las Pléyades, donde los viejos griegos medían, probaban su vista y adivinaban ver.

- Observen -gritó- Los fuegos blancos, los fuegos líquidos del tiempo que traen los ríos de Eridanus...

Observaron: el cielo estallaba en miles de juegos de abalorios, en un encaje de gas y de luz. Puntos blancos-azulados se encendían y apagaban en millones de fuentes puntuales que fluctuaban ante ellos.

Observaron: la risa del cielo les llegaba. Los años eran luz y la luz era tiempo.

El cielo ya no era el mismo, el tiempo ya no era el mismo, la Navidad ya no era la misma. Ellos también se sentían distintos, habían despertado a algo nuevo...

... Y en ese inmenso palpitar de vida, luz, magia y misterio, casi se podía decir que estaban creciendo.

-DE REGRESO-

Hace ya algunos años presencié, con el alma en la mano, cómo caían las paredes de una casa muy querida.

Nunca fue mi vivienda. La visitaba de tanto en tanto, pero sus habitaciones y amplio terreno, alimentaron mis sueños y cobijaron mis juegos de chico.

- La casa de mi abuela tiene tres patios - solíamos contar, con mi

hermana, a nuestros amigos y en realidad nos referíamos a un amplio corredor bajo el parral, a un patio enorme con plantas añosas y a un gallinero que daba contra las vías del ferrocarril y que, sin duda, parecía otro patio.

Allí fabricábamos nuestras aventuras en la selva, en el desierto y hasta recuerdo que habíamos construido un río embalsando el agua que salía del gran piletón hacia la quinta.

Cuando la casa fue vendida y los muros fueron hechos trizas por los obreros, que nada tenían que ver con mi tragedia, creí perder años y testimonios de mi vida.

Para esos días, ya no era un niño, pero lloré al ver los despojos de tantos mudos testigos de mis pasos y entonces, casi inconscientemente, escribí un cuento.

"... Los golpes se sucedieron, secos, agudos, graves brillantes. Los primeros en percibirlos fueron los pájaros, gorriones de plumaje opaco, que tiritaban entre los entretechos..."

Y renglones más adelante:

"...Los ruidos habían ganado ya las habitaciones del frente, los desgarrones en el papel floreado de grandes rosas..."

¿Por qué escribo esto? ¿Qué sentido tiene volver sobre esos párrafos...? Los mecanismos de la mente son muchas veces impredecibles y, después de muchos años, pienso que mi cuento era en realidad un artificio para proteger mis recuerdos, en una especie de arcón que preservara mis impresiones sin que la vejez o simplemente el paso del tiempo desmereciera las imágenes.

Y hoy lo creo así, porque otro mecanismo similar se ha activado...

... Los seres humanos muchas veces creemos haber agotado nuestra capacidad para hacer amigos, pero inadvertidamente otra amistad surge de pronto, se forja y se instala en nuestro espíritu...

... Y ha sido precisamente un nuevo amigo quien ha desencadenado, otra vez, el proceso vinculado con la detención del tiempo...

¿O será su casa...?

Porque hoy he visitado por primera vez su casa y he percibido

extrañas sensaciones en el aire.

En primer lugar reencontré mi selva... Quién haya visitado alguna vez la selva, sabrá de qué hablo... En los pies la humedad de pequeñas gotas sostenidas por la hierba tierna, y en lo alto la enramada formando un techo que sólo deja pasar algunos rayos de sol confundidos con el verde...

Después descubrí el sendero, zigzagueante entre las sombras... la frescura de las plantas, el perfume de las flores, el llamado de algún benteveo o el arrullo de los buchones.

Luego sí la casa, amurallada por la hiedra que pugna por penetrar por cada intersticio y termina por disimular puertas y ventanas.

Y dentro de la casa dos sensaciones que son sólo el prólogo del mensaje de cosas con vida pasada: la alfombra que acolcha nuestro paso y el tibio y algo acre aroma de buena leña quemada en la estufa.

Solamente el prólogo de un mensaje sutil que llega de objetos diversos que han tenido otra existencia, aunque el dueño de casa tal vez lo ignore:

... Libros con palabras sólo recordadas por pocos seres.

... La memoria amarillenta de fotografías...

... Cuadros, flores, fulgores o reflejos mortecinos... y otra vez el mensaje que uno cree confundir con la música suave que casi siempre fluye de alguna parte, como serena energía, acunada entre sombras y que difunde mansamente hacia el jardín, que mucho tiene de parque, a veces de monte y también de selva inventada.

Cuando ya no nos quedan palabras, siempre nos valemos de impresiones para encadenar recuerdos y yo, que generalmente carezco de palabras suficientes, he encontrado en esa casa sensaciones, voces y llamados que me han devuelto al mundo que conocí en mi ya lejana niñez:

"... con carreras de pantalones a media pierna y el vaivén de una hamaca que pendía de la higuera."

-LA FICCION-

-EL ECLIPSE-

Ya no lográbamos calcular el tiempo, pero hacía demasiado que habíamos abandonado el vivac de Urk.

Allí los hidrantes se habían agotado rápidamente y ahora nuestro objetivo era buscar seguridad en los vergeles de las tierras altas de Bult, al menos hasta que Líper eclipsara a su binaria Arsis, entonces llegarían las sombras, la temperatura bajaría y habría condensación de gases.

Mientras, avanzábamos por las crestas de esquirlas que permitían el paso entre las altas chimeneas pétreas, erosionadas por los vientos orlados.

Ya no quedaban vapores en los bajos y los silicatos de las crestas tenían reflejos iridiscentes, mientras se notaba el brillo del níquel en las aristas de las pendientes.

Eramos tres: Norlf sobre el rodante excéntrico que traqueteaba sobre las esquirlas; Neira sobre el ágil asplid y yo en el biotrípode centelleante.

Neira deslumbraba como cobre porque estaba al borde de la deshidratación total, pero aún así era hermosa. Yo nunca había tenido

el valor de proponerle vida común y proliferación, pero al verla incandescente sentía una aguda angustia de tiempo perdido.

Habíamos consumido las reservas líquidas de las alforjas axilares de nuestros trajes y comenzábamos a sentir cómo se volatilizaban las lagunares de nuestros cuerpos. Sin embargo continuábamos nuestra marcha, porque sabíamos que detenernos sería peor, pues nos consumiríamos sin remedio hasta calcificarnos definitivamente.

De tanto en tanto, y para darnos ánimos, tra-tábamos de visualizar los vergeles de Bult, más allá del paso del túnel de la Cordillera Eslan.

Allí podríamos permanecer sin los trajes de protección, allí los hidrantes no eran necesarios y había grandes masas de talófitas: clorofíceas recubiertas de alto porte y sifonales estrepitosas, con amplias cámaras acuosas, donde hacía ya mucho tiempo yo había aprendido a nadar.

Pero la realidad del momento era otra: no había sombras en el suelo y las cúpulas y quebradas restallaban de brillo que amenazaba con quebrar las antiparras.

Cuando la binaria Arsis llegó la cenit, el rodante excéntrico de Norlf se detuvo y no recuperó su movimiento, el refrigerante de sus ejes se había escapado y evaporado rápidamente, entre vahos malolientes de amoníaco y nubes de hidrógeno que ascendieron súbitamente hacia los astros refulgentes.

Norlf resopló y bajó la visera de su escafandra, resignado a desplazarse por sus propios medios, con utilización de los aislantes de sus plantas.

Cuando la eclipsante Líper estaba en el ocaso y su binaria muy arriba en el naciente, el asplid de Neira sucumbió por inanición. Habíamos intentado derribar algunos tors para alimentarlo, pero ellos volaban muy alto y podían eludir con facilidad nuestras espigas irradiantes portátiles, además las placas de sus alones eran inmunes a la acción de nuestros disecadores. Con palancas candentes de tungsteno quisimos servirnos de los capullos silíceos, pero fue inútil, ellos no abrirían sus púas hasta el eclipse.

Neira se inclinó en despedida sobre la coraza fundente del asplid y yo pude ver cómo el vapor azul de dos lágrimas se desprendían de sus

cuencas tornasoladas.

Faltaba mucho para el eclipse, cuando el biotrípode centelleante se desplomó. Entonces Neira y yo no tuvimos otra alternativa que imitar a Norlf, que bufaba sobre sus plantas aislantes.

Habíamos perdido casi todos los líquidos corporales y estábamos prácticamente en estado fundente, cuando entre las escorias cálcicas divisamos la Cordillera y el paso de Eslan, fue entonces cuando decidimos anular los circuitos de nuestros cuerpos, dejando activos solamente los imprescindibles para el desplazamiento.

Calculé aproximadamente el tiempo y traté de convencerlos que llegaríamos, aunque no lográramos conservar todas las funciones corporales.

Llegaríamos, franquearíamos el paso del túnel y estaríamos en el vergel, con capullos, clorofíceas y sifonales a discreción.

Estábamos a escasos latidos de nuestras bombas circulantes cuando nos irradiaron.

Norlf cayó hacia atrás y la vida se le disipó por un impacto disecante que le atravesó el peto y el espaldar. No sufrió, su razón estaba opacada cuando sus reducidos y ardientes humores se evaporaron como un soplo.

Nos guarecimos como pudimos tras estiletes y cristales de alumbre y sílice y los pude observar con oculares largos.

El paso estaba ocupado por los quimers, y al verlos con armas emplazadas supe que no podríamos pasar. La sequía cíclica y la falta de hidrantes, habían desencadenado la invasión.

Nosotros éramos dos, débiles, deshidratados y sin armas de ataque. Nuestras espigas y disecantes portátiles no representaban nada ante los emplazamientos. Estábamos perdidos.

Neira desfalleciente me miró desilusionada por mi falta de reacción.

Me maldije, ya nunca tendría vida común, ella se evaporaba, moría y yo sólo podía mirar cómo la perdía para siempre.

Entonces tomé una resolución: abrí todos los circuitos de mi cuerpo -pues ya de nada servía economizar líquidos. Mi cerebro se irrigó algo más y pude pensar. Lo único que, en definitiva, había hecho

en mi vida, sólo pensamientos nada de acción...

Teoricé con meridiana claridad: contaba con largos tubos de ductos extensibles del traje de Norlf y con el rotor de su turbina refrigerante.

Con mi espiga estrellada improvisé un taladro, luego cerré herméticamente la escafandra de Neira y conecté un extremo del ducto con la toma de superficie de su traje de protección.

Tenía poco tiempo, pero era la única oportunidad. Cavé profundamente una cilíndrica perforación en la superficie de aluminio y sílice, buscando algo de humedad subterránea, tan antigua como el suelo.

La espiga era poderosa a escasa distancia y los ecos resonaban en las profundidades.

Cuando ya no pude oír más, introduje todos los ductos por la abertura y los fijé allí, utilizando como aspirante el rotor de la turbina.

Si había humedad Neira sobreviviría hasta el eclipse, caso contrario no percibiría su muerte.

A mi vez cerré mi traje y todos los circuitos, salvo el de supervivencia tisular y cerebral. Una plancha de asbesto me protegería algo y quizás también yo llegaría al eclipse. Si así sucedía la alarma humectante me activaría.

Luego todo terminó, mi consciencia desapareció o al menos así lo creí.

La alarma funcionó y me activó tal vez antes de lo imaginado. Mi cuerpo estaba fresco y los tejidos de mi boca húmedos. Me sentí vivo y despejado.

Con sumo cuidado abrí la mirilla de mi escafandra y comprobé que una suave sombra se expandía por el ambiente.

Las crestas y los perfiles estaban coloreados de azul y no había esplendores refulgentes en el cielo, ahora surcado por bandas verdes y violadas.

Era el eclipse que todo lo recuperaba. Los capullos estaban abiertos, con abundantes líquidos que se podían beber y los tors volaban bajo, con todos sus colores, ya sin placas y escamas protectoras.

Estaba salvado: tenía sustento, líquido suficiente y podía pensar.

Neira estaría conmigo. Mi reacción justa la había salvado. Tendría vida común y proliferación en el vergel, cuando los quimers abandonaran el paraje.

La miré, descansaba bien, vi su traje turgente, suficientemente hidratado. Evidentemente había encontrado humedad.

Me incorporé con dificultad, aún débil, pero conseguí avanzar hacia ella, sostener su cabeza y abrir la mirilla de su escafandra...

El odio hacia mi existencia creció hasta lo indescriptible...

Ella estaba muerta, el líquido inundaba la escafandra. La perforación en el suelo había encontrado el río subterráneo del vergel cercano, el único quizás en todo el territorio.

Me maldije. Ella se había ahogado en pleno ciclo se sequía.

Mi maldición no tiene límites. No he muerto, los capullos me han dado su sustento y líquido. Los quimers se han ido, el vergel está cercano y yo lo único que hago es pensar que la he perdido para siempre.

Mientras tanto el eclipse se prolonga, Cuando concluya, los astros me encontrarán sin mi traje de protección.

- LOS FUEGOS LEJANOS -

transformaban en impenetrable la superficie del arroyo, unos instantes antes transparente como el cristal.

Por alguna razón desconocida no había pescado nada, pese a que algunas pesadas carpas descansaban en el lecho frío del arroyo estancado en amplios cajones de piedra.

- Quizás es la luna en ascenso - se dijeron, repitiendo el estribillo escuchado tantas veces a pescadores más avezados, sabihondos en el arte de consultar tablas solunares.

La noche se cerró de repente y quedaron iluminados por la bella medialuna de cuarto creciente y por las estrellas que brillaban como nunca en la Vía Láctea.

Ambos se incorporaron para ubicarse en torno a las brasas chispeantes del fogón limitado por cantos rodados ardientes...

... Eran primos: uno apenas adolescente, otro levemente adulto y despedían las vacaciones para ingresar al secundario el menor y cursar las últimas asignaturas de la universidad el mayor.

Comieron en silencio carne a la plancha casi crocante con galletas marineras muy saladas y huevos duros que habían preparado antes de la excursión.

- Despuntamos el vicio de los campamentos - solían decir. Y allí estaban con las cañas casi como un pretexto, sin pesca, pero con la vista puesta en ese cielo increíble que las noches de febrero pueden brindar.

Miguel, el mayor, sacó una guitarra de la funda y como al descuido para buscar el temple en el frescor de la noche que crecía, desgranó un aire del sur.

El chico se tendió de espaldas y clavó los ojos en la Vía Láctea, donde las estrellas parecían estallar: "el espinazo de la noche", como decían los antiguos nativos del Africa ancestral.

- ¿Es cierto que algún día la Tierra no estará más?- preguntó a su primo.

La guitarra de Miguel vibró en un acorde que era casi una respuesta.

- Ni la Tierra, ni la Luna, ni casi ninguno de los planetas del

sistema- vaticinó Miguel.

- ¿Y cómo será eso? - Volvió a preguntar el chico que conocía el saber de su primo, forjado en los duras lides matemáticas y físicas de su carrera de ingeniería.

- Será cuando el sol agote todo su combustible actual, cuando todo el hidrógeno se haya transformado en helio, entonces hinchará su lomo y se expandirá hasta casi la órbita de los asteroides, para comenzar a quemar helio en su caldera... Nuestro Sol dejará de ser la estrella amarilla que conocemos, mediana en tamaño, mediana en calor, mediana en color. Será una gigante roja, un poco más fría quizás, pero igualmente un infierno de varios millones de grados que se tragará a Mercurio, Venus, Tierra, Marte y quizás Júpiter.

La pregunta previsible llegó:

- ¿Cuándo se producirá...?

- En cinco mil millones de años, poco más o menos, pero el día llegará y será el último sin remedio.

El asombro, la incertidumbre y la curiosidad, marcaron huellas en el rostro aún infantil:

- ¿... Y con los seres vivos que sucederá...?

- Todo lo orgánico se volatilizará. Habrá partículas gaseosas y nada más.

Hubo un dejo de angustia en la pregunta que siguió:

- ¿... Y del hombre que quedará... Qué sucederá con las ciudades, los monumentos, todos los libros escritos... Todo se perderá...?

- Así será - fue la respuesta - Sólo se salvará lo que en los años que vienen podamos sacar del planeta, si es que logramos colonizar otros mundos fuera del sistema. Será como evacuar un barco que se hunde...

- Pero eso será muy difícil - pensó en voz alta el chico.

La guitarra de Miguel volvió a vibrar, fue un arpeggio que pareció encrespar el agua y escalar las paredes de rocas casi cristalinas...

Hay otra forma de enviar la obra humana al espacio, en realidad eso ya comenzó. Lo estamos haciendo desde hace unos pocos años,

pero lo que partió de aquí hace cincuenta años, ya está a cincuenta años luz de la tierra.

Los ojos del muchacho chispearon casi afiebrados de incógnita.

- Con ondas radiales y televisivas - continuó Miguel - Desde que existe la radio estamos emitiendo a

la velocidad de la luz mensajes que viajan hacia todo el universo. Mucho es simple basura - propaganda de jabones por ejemplo -, pero la música es un mensaje que vale. Mozart construyó monumentos musicales que ya deben estar cerca de esa estrella roja - dijo señalando a Aldebarán en la Constelación de Taurus - y cualquiera que pueda escuchar esos sonidos, también podrá comprender el alma humana.

Ya no hablaron más en esa noche hasta que se fueron a dormir. Algún pez chapoteó entre los juncos, la guitarra extendió una vidala y muchas ranas hicieron coro entre las algas que estiraban sus filamentos.

Y antes de conciliar el sueño, encerrado en su bolsa de dormir, con el cuerpo cálido y protegido, sintiéndose casi un astronauta al observar el cielo por la mirilla de la carpa, el chico tuvo para sí una resolución: de grande estudiaría los secretos de la ciencia y de la técnica, para explicarse el origen de las llamaradas frías de las estrellas lejanas, para comprender ecuaciones de desviaciones de luz, sobre cálculos de períodos planetarios y cómo el tiempo puede fluir como lo hace el calor.

... Y así se durmió con el rostro vuelto hacia la Cruz del Sur, que en su circunducción polar nunca se ponía en el horizonte, mientras él se sentía girar hacia el Este, al encuentro del Sol que era aún una estrella apacible.

Por la mañana, cuando el sol asomó en el horizonte, donde se podía divisar el rayo verde, el primer fulgor al herir la atmósfera, el muchacho percibió con desconocida inquietud que todo lo que estaba ante su vista podía perderse irremediamente.

... Pensó en esas nubes alargadas como filetes con algo de rubor, en el trino de un pequeño federal que era casi un tintineo en la mañana aún dormida, en el rumor del agua en el vado pedregoso, que parecía refrescar a la distancia...

Ya no era una inquietante sensación, era convicción de pérdida total.

Pensó en la charla de la noche: nada quedaría de esos tesoros que inundaban su retina o impactaban en sus oídos y se mezclaban con su sangre.

Sólo habría señales, inscriptas en ondas, surcando el espacio...

Se imaginó técnico ideando precisos mecanismos para mejorar los mensajes de esas ondas rumbo a otros confines de tiempo.

Pero... ¿... Cuál sería su mensaje...?

Caviló un instante sumido en un silencio casi denso de la mañana, que comenzaba a ser luz y reflejos por doquier.

Hubo un rumor de pasos entre los cantos rodados a sus espaldas y un perfume de áspero café se elevaba del fogón entre las piedras tibias.

Miguel se había levantado y se dirigía con las cañas hacia el fondeadero, para probar suerte tempranera con las carpas...

El chico lo vio alejarse con ese andar algo cabeceante que lo distinguía...

... Necesitaba un mensaje. ¿Cuál mensaje de sentires y pensares...?

Entonces vio la guitarra. Miguel la había dejado recostada contra una piedra junto al fogón.

Lo llamó con todas sus fuerzas... Gritó con todo su aliento que también estudiaría música y que, valiéndose de la técnica, la música sería su mensaje destinado a otros tiempos sin medida, ni relación.

Miguel ya casi desaparecía tras el recodo del bajo y no escuchó sus gritos...

La figura de su primo desaparecía, pero no importaba demasiado. El sabía que el mensaje estaba en el aire, como tantos otros que fluían y fluirían de la tierra hacia el espacio... Hacia donde se decía vacío... Rumbo a confines de eones, hacia donde el hombre físico quizás nunca llegaría, aunque tratara de ampliar sus días como especie mundana o imaginara alguna forma de perdurar con su carne en un siempre pequeño retazo del cosmos.

- EL CAZADOR DE PAJAROS -

Después de almorzar, cuando el calor sofocaba y parecía comprimir, escapábamos de la casa, zapatillas de goma, un corto pantalón y una remera descolorida por mucho sol.

Llevábamos la malla de baño lista y algún paquete de galletitas para cuando el hambre llegara.

No tendríamos noción de tiempo en toda la tarde, la hora de regresar estaría marcada por las sombras que oscurecerían el agua de la pileta. Mientras tanto nadaríamos hasta que la visión se nos nublara por la irritación producida por el cloro del agua, hasta que las yemas de los dedos se arrugaran de tanto estar sumergidas.

De regreso a casa, el caminar era lento y el piso resultaba blando, no tanto por la tierra reseca, que formaba colchones de polvo en la calle sin asfalto, sino por el cansancio sin dolor, la suave extenuación.

Ese regreso se dilataba entre el elevado pinar y los álamos temblones y estaba, además, señalado por un acontecimiento que se repetía en cada puesta de sol: la aparición del cazador de pájaros.

Era éste un muchacho de edad indefinida, con rasgos de hombre de color, pelo rizado y labios abultados: pero lo que más resaltaba en él era un defecto en la cadera, que hacía su paso oscilante, con un pivotar de cintura, con medio giro zigzagueante. Llevaba dos jaulas tramperas con sendos llamadores, hembras de cabecitas negras o de mixtos amarillentos.

Lo veíamos colgar las jaulas en los troncos de los cipreses y sentarse en el borde la pista del Club, bajo los ornatos de cemento que en las noches de romería cobijaban las guirnaldas de luces de colores.

Luego lo veíamos extraer de una cajita de aluminio el polvo

blanquecino, mezcla de clorato de potasio y azufre, que servía de detonador al rudimentario explosor, artefacto conformado por un bulón, cuya tuerca comprimía, al ser arrojada contra el pavimento, la inestable combinación.

La estridencia de las explosiones espantaba los pájaros, que comenzaban ya a recogerse en los nidos y al buscar nuevamente cobijo, solían atraparse atraídos por el llamado de la hembra cautiva.

No había tarde que la perseverancia y el sobresalto de las explosiones no cobraran sus víctimas y el cazador de pájaros sonreía con su sonrisa desvaída de semi idiota y luego renqueaba con su cadera pivotante rumbo al paraje de las quintas, donde solíamos ir en bicicleta a comprar peces de colores, que el viejo Hoffmann criaba en su tanque australiano.

Invariablemente nos quedábamos observando el quehacer del cazador de pájaros y volvíamos a nuestras casas comentando junto con las diabluras del día, la velocidad en la pileta o el estilo perfeccionado, el destino que el chico cazador daría a los pájaros.

Una tarde de febrero, cuando el verano ya agonizaba, una tormenta del sur llenó de polvo y de aire frío el Club y frustró los chapuzones, las carreras y los saltos desde el trampolín. Pronto caímos en cuenta que recién era media tarde y que nos sobraba tiempo para emprender el regreso a casa. El viento frío y un sorpresivo chaparrón de la sudestada, habían alterado también los planes del cazador de pájaros, que había recogido temprano sus bártulos y se disponía a emprender su marcha zigzagueante rumbo al camino de las quintas.

Nos acercamos tímidamente a observar los pájaros que saltaban histéricos tras los barrotes de las tramperas y ante su sonrisa eterna, inquirimos sobre el precio de los pájaros, por preguntar algo.

- No los vendo -respondió-, espero septiembre, entonces ellos vuelan juntos y dan vida a la primavera.

La respuesta nos desconcertó y nos miramos confabulados, supimos que lo seguiríamos, pues tras aquellas palabras se nos había encendido la curiosidad y la imaginación.

Caminamos tras él en silencio, demorando nuestra marcha deliberadamente varios metros atrás.

Cruzamos el sendero marginado por ligustros y cicutaes, mojándonos los pies entre los yuyales altos que almacenaban gotas de la reciente lluvia y llegamos a la quinta silenciosa y umbría bajo los altos eucaliptus, crecidos en la proximidad que ocultaban los rayos del sol.

Lo vimos cruzar un alambrado semicaído y atravesar una tranquera interior oculta entre el monte.

Allí nos dirigimos con el corazón retozándonos en el pecho, acicateados por cien aventuras de Emilio Salgari y de Flash Gordon, pero no logramos pasar. Ante nuestro amago de franquear la tranquera, varios perros galgos se abalanzaron contra la cerca y nos detuvieron.

Nuestra curiosidad era mucha, pero no la suficiente como para dejar nuestros fondillos en las fauces de la jauría que gruñía y nos miraba con ojos extraviados. No obstante el susto y la retirada creímos escuchar trinos y gorjeos tras la espesura formada por árboles y el matorral entrelazado por enredaderas y trepadoras.

Nos prometimos volver en la primera oportunidad y también visitar el lugar en primavera, sin embargo por diversas causas no lo hicimos; el invierno nos trajo otras preocupaciones comenzábamos la escuela secundaria y había chicas de por medio. Además la primavera no despertó nuestra curiosidad, quizás porque no volvimos a ver al cazador de pájaros.

Tiempo después pescando con mi padre en un sitio de la barranca, cercano a donde lo viéramos colocar trampas, recordé lo acontecido y le pregunté si él había visto alguna vez a aquel muchacho de color.

Mi padre me contestó que lo recordaba perfectamente, pero también sabía que el muchacho estaba muy enfermo y que no le extrañaba su desaparición.

Me explicó que esa clase de deformaciones articulares, escondía muchas veces terribles males óseos y sospechaba que el cazador padeciera alguna de esas enfermedades.

La vida fue pasando, transitando mil caminos, combinando y entrecruzando los destinos y los años se fueron entre cientos de tribulaciones prestadas y propias, que a veces quemaron sueños y

dejaron cenizas en nuestras sienes.

Sin embargo lo volví a ver, casi treinta años después. No me pregunté dónde había permanecido todo ese tiempo. Lo vi caminar con esa misma renquera, pivoteando el cuerpo sobre su cadera maltrecha. Llevaba en una mano una trampera con un mixto llamador y en la otra una caja de aluminio, donde adiviné llevaría su mezcla de clorato de potasio y azufre para la pequeña explosiones.

No había cambiado nada, su cuerpo era el mismo, su rostro era el mismo, con su sonrisa de semi idiota.

No había rastros de vejez en su cara. Lo saludé y me contestó con un gesto que nada indicaba: ni recuerdos, ni nostalgia, ni siquiera el registro de una observación.

Yo sí lo observé largamente cómo caminaba calle abajo, rumbo a la avenida arbolada que ahora llevaba al club de mi niñez.

Lo seguí a distancia, aunque sabía que no repararía en mi persecución. Lo vi entrar al parque, atravesando el arco de la portada y caminar por entre los pinos y cipreses como antaño.

Colgó su jaula trampera en el tronco de un ciprés y observé cómo se sentaba en un banco de piedra bajo las pérgolas, la hembra llamadora en la jaula gorjeó, le respondieron llamados sobre el follaje alto.

Sabía lo que vendría: las pequeñas explosiones que alborotarían las ramas...

Los recuerdos vinieron a mi mente, sentí en los huesos el cansancio blando, sin dolor, la suave extenuación no ya del nadar por horas en el agua ligeramente fría de la piscina, sino de la vida arrojada de un golpe sobre mi cuerpo.

Me acerqué lentamente, su mirada me encontró desde su rostro sin tiempo.

- Vende los pájaros- le pregunté intuyendo la respuesta.

- No, no los vendo- me contestó con su sonrisa de semi idiota. Ellos me han dado la vida de primavera en primavera.

- Venga- me invitó. Aunque yo lo seguiría igual, aún sin invitación, como había perseguido por siempre mis sueños.

Caminaba en silencio, siguiendo yo su marcha oscilante, de medio giro sobre su cadera maltrecha.

Las quintas de otros tiempos se habían transformado en un barrio suburbano, pobre, pero limpio y de fácil acceso. Sólo una manzana conservaba su atisbo de monte, de suerte de chacra, gruesos eucaliptus se elevaban al cielo crepuscular y cipreses y pinos oscurecían el verde del conjunto.

Atravesamos una tranquera derruida, mecáni-camente me detuve esperando la avanzada de los perros, pero esto no sucedió, un golpe de aire fresco me llegó desde la verde sombra y sentí que mis pies se mojaban entre los yuyos altos.

Cruzamos por entre la maraña de enredaderas y trepadoras y entonces fue cuando apareció ante mí:

Más que un jaulón era el monte enjaulado, un tejido de trama regular llegaba hasta las copas de los árboles, los trinos eran un compendio de cantos de la pampa: cabecitas, mixtos, federales, chingolos, horneros, tijeretas, carpinteros, calandrias, urracas y cientos de pájaros confundían sus colores, sus llamados y sus gorjeos...

- Ellos me han dado la vida- me dijo con su sonrisa.

- Ellos han detenido el tiempo hasta cada primavera. Hasta hoy que me ayudarán a volar.

Lo vi sentarse al pie de un gran tronco de ciprés, al lado de una cuerda que pendía desde la altura del follaje.

- Ha llegado el tiempo de volar- Dijo despacio para sí... y tiró de la cuerda.

Vi caer el tejido lentamente, como en cámara a lento paso, como un abrazo de filigrana tramado...

Los plumajes batieron el aire. Primero fueron las torcazas con su vuelo sostenido y ruidoso. Después quizás algún biguá que alborotó en las charcas de más atrás, pero la verdadera nube partió de las copas de los árboles donde anidaban los tordos, los mirlos y los benteveos... Partieron palmoteando el aire, abanicando nuestros rostros.

El cansancio se esfumó de mi cuerpo. muchas preguntas se formularon en mi mente, pero no me atreví a responderlas. Pensé en el miedo, en la soledad, en el dolor y también por rara asociación en los

múltiples caminos recorridos por el hombre en búsqueda de su libertad.

Me volví, él seguía sentado en silencio. En las pupilas fijas se reflejaron los últimos aleteos.

Me incliné y lo toqué. No se movió, sonreía blandamente con su sonrisa del semi idiota...

Puse el oído sobre su pecho y escuché aún un suave batir de alas que se apagaba quedamente mientras las últimas tijeretas, de vuelo más pausado, se perdían entre los árboles, buscando que el azul del horizonte les recordara sus nidos.

- NUEVAMENTE LA NOSTALGIA -

- MAS ALLA DEL ESTADIO-

El bar estaba en penumbras, un poco por el calor de la tarde que comenzaba, otro poco para ahuyentar las moscas y además, porque las antiguas ventanas adaptadas como vidrieras, no eran suficientes para dar claridad natural amplio salón, que a esa hora estaba casi vacío.

Solo otra mesa estaba ocupada además de la mía, y lo estaba por los dueños del local: un matrimonio de mediana edad que tomaba café mientras charlaba en voz baja, en tanto que a sus pies dormía un perro boxer de pelaje atigrado, como solían lucir aquellos pullovers tejidos por nuestras abuelas con varios tonos de lanas.

Mi taza de café despedía un tenue vapor y el diario abierto sobre la mesa, dejaba ver -desde sus primeras páginas- títulos que alternaban entre eternos

programas de ajustes de cualquier país de la tierra, crímenes macabros o corrupción en distintos niveles gubernamentales o institucionales.

Con el correr de las páginas avanzaba mi hora libre, beneficio de oficinista con mi carga de antigüedad y largos años de escritorio y de dudosa eficiencia.

Invariablemente cuando repasaba las notas de deportes, quedaban pocos minutos para regresar al trabajo y me contentaba con los epígrafes.

La figura de Maradona ocupaba cuarta página, en una fotografía que lo mostraba protegiendo la pelota contra la línea, mientras dos defensores lo flanqueaban con intenciones peligrosas, ante la gambeta que seguramente se avecinaba.

- Lástima que sus días de esplendor se estén acabando - dijo una voz.

Daniel había entrado al bar y yo no había reparado en su presencia tras de mí. El llevaba el fútbol en su sangre, podría haber sido tranquilamente comentarista radial o televisivo, quizás un técnico de los que opinan que el juego debe gustar, a pesar del resultado.

En sus años adolescentes había sido un buen número diez, de esos que sabían "bordar" la cancha, cuando los "wines" eran muy veloces, se pegaban a las líneas, desbordaban a los marcadores de punta y disparaban los centros hacia atrás, hacia las cabezas de los atacantes, evitando de esa manera toda posible posición adelantada, "or say", pronunciábamos entonces.

- El fútbol, como decía Panzeri, es el arte de lo impensado -agregó Daniel- concluyendo quizás un pensamiento sobre la fuerza y la mala intención de los defensores que pegan torvamente, inermes frente a la habilidad de algunos delanteros.

- Algún día tendrías que escribir una historia de fútbol- me dijo Daniel de improviso- Algo que remarque que el fútbol debe construir y no destruir, que el fútbol es un arte que se desarrolla y no una ciencia que estudia fenómenos previsibles...

- No creo que pueda hacerlo- respondí- Lo único que sé de fútbol es que me gusta... Y agregué:

- En una oportunidad quise escribir un cuento sobre una fotografía

recortada que hay en mi casa paterna... En ella está mi padre que jugaba como número nueve -"centro fóbalo"- le decíamos y el recorte, a su lado, corresponde a un hermano menor (muerto muy joven), de quien no quedan fotos en mi casa. Seguramente mi padre quiso mostrar, alguna vez, el rostro de su hermano muerto, quien era todo un crack según me solía contar, y no tuvo mejor idea que cortar la foto.

- De niño- continué- yo preguntaba siempre sobre ese tío desconocido para mí y trataba de imaginarlo parado con prestancia en la cancha del club de mi niñez, haciendo goles increíbles con la efectividad tantas veces comentada por mi viejo.

- Creo que vale la pena intentar escribir ese relato -dijo Daniel- Si querés puedo ayudarte buscando datos... cuando quieras charlamos sobre el asunto.

- No sé- respondí- Ahora debo irme porque tengo que volver al trabajo.

- Bueno, yo tampoco puedo ahora- comentó Daniel- Podemos encontrarnos el sábado o cuando quieras.

- De acuerdo... te aviso en cualquier momento- le dije.

Era una excusa. Estaba convencido que el tiempo pasaría y no haríamos nada, pues esos proyectos son sumamente atractivos, pero nunca llegan a concretarse.

Sin embargo, esa noche, impulsado por los recuerdos, visité a mi madre, en la antigua casa paterna con toda la intención de buscar en la vieja caja que tanto conocía, aquella foto mutilada, con mi padre sonriendo levemente de costado, mientras acucillado apretaba la número cinco contra el suelo.

Busqué y rebusqué pero fue imposible encontrar las fotos futbolísticas. Mi pobre madre aseguró que yo había guardado los recuerdos, en tanto que a mí me ganaba primero la ira y luego la impotencia ante tamaña pérdida.

Esa noche no pude conciliar el sueño. Me devanaba el cerebro tratando de imaginar quién podría haberse llevado aquellas imágenes que eran tesoros para mí. Pensé en mi hermana, pensé en mi prima, pero luego descarté hipótesis.

Quizás en algún traslado, para salvarlas de la inundación de años

atrás, se habían perdido para siempre.

La mente humana obra en ocasiones en forma impredecible y casi mágica. No creo haber soñado, porque la historia era para mí conocida, aunque estaba olvidada, archivada en algún rincón de mi memoria.

No sé cuál habrá sido el mecanismo que me trajo esa escena, tan patente que parecía estallar como fuegos de artificios ante mis ojos y en la oscuridad de mi cuarto.

Allí estaban, posando para el fotógrafo en el campo muy verde, con la casilla tan conocida de fondo, esa del techado inglés -tipo edificación de ferrocarril- con la estrella pintada sobre el dintel de la puerta.

Mi padre se había acuclillado, tenía apenas veintitrés años de edad, a su lado su hermano menor y entre ambos una niña. Yo conocía esa niña rubia, había visto esa fotografía y había preguntado mil veces qué hacía allí.

- Esa es tu prima Edita, la hija de Severo, era la mascota del equipo- me había contestado mi padre.

Pero lo que yo veía no era sólo la foto, algunos jugadores con pantalones a media pierna practicaban contra un arco.

Mi padre se incorporó y su hermano lo besó, justo en el momento en que el árbitro llamaba para el "saque" inicial.

Por supuesto que yo nunca había visto ese partido, disputado al inicio de la década del treinta, porque aún no había nacido, pero sabía todo de él. Conocía el porqué de la efusividad de mi tío; mi padre debutaba ese día en el club de la estrellita, del cual era simpatizante desde su fundación. Sin embargo por esas cosas del fútbol o de los amigos que "tiraban", había jugado siempre para el equipo archirrival, el de los colores bataraces.

Otro hermano, levemente mayor, mi tío Clemente, que oficiaba de delegado ante la liga regional, había hecho los arreglos para el "pase" y para que mi padre pudiera jugar junto a su hermano Mingo, formando así una buena punta de lanza que goleara a discreción.

Domingo (Mingo para todos), era tres años menor que mi padre, jugaba con el nueve o con el diez en la espalda, manejaba bien la zurda, pero también sus disparos con la derecha podían ser mortíferos y

sacudir los travesaños, aunque su fuerza repercutía con un tenue dolor en la rodilla que le hacía renquear ligeramente después de los partidos.

Mi padre no llegaba bien al debut en el club de sus amores. Una tifoidea lo había abrasado de fiebre y le había arañado los intestinos durante días. Su pelo negro y más que ondulado, enmarañado, para su desesperación había comenzado a caer.

Ahora la fiebre se había retirado, pero le había dejado el pecho hundido, las piernas descoloridas y un tanto flojas, especialmente después de una carrera exigida.

La pitada inicial encontró a mi padre moviendo la pelota hacia su hermano dentro del círculo central. Este avanzó unos pasos, amagó gambetear a un rival que vino a su encuentro, pero rápidamente cedió la pelota hacia atrás, hacia el corpulento centro medio (el "centro jas" como se decía esa época).

Era la jugada clásica de entonces, los de-lanteros tenían tiempo de correr por las líneas y la pelota volaba hacia ellos tratando de ganar las espaldas de los zagueros...

A los quince minutos de juego más o menos intrascendente, mi padre ya jadeaba mucho tras de algunos piques. Mi tío Mingo lo animó:

-Desmarcate a la derecha, que te la paso en profundidad, le dijo por lo bajo.

Algunos silbidos se hicieron oír desde los tablonos de la tribuna, la que daba a la pared alta de la cancha de pelota...

Pero el "pase" vino distinto. En realidad fue el centro medio quien intervino en la jugada: paró la pelota con el pecho gigante, que hizo ruido a madera de roble y se la dio picando hacia la derecha, cerca del ángulo del área grande.

Mi padre no sentía las piernas que volaron más veloces que los pensamientos para encontrar esa pelota que se disparaba hacia el fondo de la cancha... Llegó a ella junto con el defensor que había salido a su encuentro y que se le vino contra el cuerpo para desestabilizarlo... Entonces se inclinó mucho sobre la izquierda para esquivarlo y no caer, pero en el movimiento la pelota se quedó demasiado atrás. Podría haber frenado su carrera, pisarla y pensar en eludir al zaguero, pero no lo hizo, ni siquiera pensó en eso... siguió veloz la carrera, dejó la pelota atrás y

con lo que él supo su último intento, la enganchó de taco pasándola por sobre la cabeza del defensor.

La tribuna rugió, la pelota picaba ahora y el arquero salía. Mi padre no se detuvo y la tomó de lleno con el empeine del pie derecho.

El arquero voló para aparentar esfuerzo, pero nunca hubiera tenido posibilidades. El tiro pareció un rayo que se estrelló en el travesaño y salió fuera del campo.

A mi viejo se le salían los pulmones por la boca y las piernas parecían de manteca, pero la tribuna vibraba entusiasmada y él sintió que no podía defraudarla pidiendo un cambio en ese momento.

El equipo funcionaba bien, con pases precisos en el medio, salvo algunos encontronazos a cargo de los últimos defensores.

Mi padre se dio cuenta que lo buscaban, esperando su definición efectiva... El próximo pase vino desde muy atrás, en profundidad hacia la izquierda, para que él corriera más que nadie y lo alcanzara.

Sabía que después de esa carrera no le quedaría nada más para dar, pero aún así lo intentó.

Alcanzó la pelota y luego se frenó bruscamente. Dos defensores pasaron de largo y él emprendió una última carrera hacia el arco. Creyó ver una figura azul que venía a su encuentro. Su cerebro aún pensaba, pero estaba desconectado del resto del cuerpo...

- ...Ya llega el arquero- pensó- si llevo la pelota con la zurda él se perfilará y podré eludirlo por la derecha...- razonó en un instante.

Logró hacerlo pero sintió que el suelo era muy blando y el aire tan espeso que no conseguía ver nada y ya no sabía si corría o si se había detenido, muy hundido en una masa de algodones, sin ruido ni colores.

Había perdido el conocimiento cuando eludía al arquero y su caída no había sido la de un futbolista que entraba al área penal, su figura inerte se había desmadejado sobre la gramínea como un combatiente ametrallado en la línea de fuego.

La pelota sin gobierno había seguido su camino pasando a escasos centímetros del poste, hubiese bastado una leve brisa para desviarla hacia la red.

La silbatina era general, nadie lo había tocado y sin embargo había caído, la tribuna nunca comprendería ni aceptaría tamaña debilidad.

Cuando pudo recordar estaba tendido sobre un banco en la casilla del vestuario.

Estaba empapado y helado hasta los huesos. Vio algunos rostros desenfocados y escuchó gritos que no lograba sintonizar bien.

Por fin pudo coordinar vista y oído. Supo que el partido estaba terminado y perdido y entonces vio a su hermano Mingo que, embarrado y sudoroso, trataba de contener a desconocidos que insultaban, en tanto que su otro hermano, Clemente, intentaba dar explicaciones que nadie atendía sobre la fiebre tifoidea reciente, a la vez que demostraba, a tirones, cómo el pelo de mi padre caía a puñados.

Nadie escuchaba, todos empujaban y gritaban hasta que mi tío Mingo tiró el primer golpe y le rompió la nariz a un morocho de boina blanca que vociferaba insultos a los cuatro vientos.

La gresca se generalizó, mis tíos fueron literalmente aplastados a empujones y golpes y creo que mi padre se salvó porque se volvió a desmayar sobre el banco de masajes.

De pronto a mi habitación llegaron las luces del alba y con ellas se desvanecieron las imágenes soñadas, imaginadas o vistas como en una película.

Pero si bien las imágenes habían desaparecido ante mis ojos, yo sabía cuáles eran los capítulos que seguían de esta historia.

... Sabía, por ejemplo, que mi viejo había "colgado los botines" definitivamente luego de aquel encuentro. Nunca más había vuelto a entrar a un campo de juego para disputar un partido "formal"... y tal decisión no había sido tomada por despecho. La muerte súbita de mi tío Domingo, acaecida prácticamente en brazos de mi padre, había precipitado su decisión. Para nada quería encontrarse con un fantasma tan querido y, mucho menos, si éste paraba la pelota con el pecho y le arrojaba una mirada de complicidad para que comenzara a correr porque estaba preparando el pase.

... Sabía, además, que tal alejamiento había marcado de por vida a mi viejo, quien nunca había logrado sobreponerse a la pérdida anímica que había significado dejar el fútbol tan joven.

Muchos años después, cuando yo de niño solía preguntarle por aquel sobrehueso de su tobillo, él inmediatamente comenzaba a traer

relatos tan vívidos que parecían imprimir imágenes en mi mente. Esas mismas imágenes que había conservado y podían surgir con el solo cerrar de ojos:

- La potencia de los pelotazos de Rubira.
- El Chato Candia con su zurda sobre la línea, su boina blanca y sus goles de corner, aquellos que Onzari consagraría en la Olimpíada.
- Las discusiones de los Hermanos Goyena o la sagacidad de Villemur.

Recordé uno de los últimos paseos que realizamos juntos. Su salud estaba muy deteriorada y yo lo sabía, aunque me costaba creer que una cruel enfermedad estaba minando su cuerpo y su mente.

Recorrimos sin rumbo fijo las calles del pueblo, yo conducía el auto distraído, pensando y repensando posibilidades y tratando de imaginar los desenlaces menos trágicos...

... De pronto, sin proponérmelo me encontré en el club de mi niñez. Pasamos ante el nuevo estadio construido recientemente al fondo del gran parque, con sus altas tribunas y mucho cemento y comenzamos a regresar, recorriendo lentamente la sinuosa y delgada cinta de asfalto.

Por el rabillo de ojo observé que mi padre tenía los ojos fuertemente apretados y pensé que se había dormido, entonces medio como para despertarlo le dije:

- ¿ Conocías el estadio ?

El abrió los ojos justo en el momento en que pasábamos frente a la casilla a dos aguas, el antiguo vestuario del añoso campo de juego que ahora era sólo cancha auxiliar, paseó la vista por el verde amarillento del pasto de otoño, demoró algo en responder, como tomándose tiempo para armar una frase y luego me dijo observando el viejo vestuario:

- Cómo no lo voy a conocer si yo jugué aquí...

No estoy seguro si él, en su enfermedad, había confundido los lugares, nunca lo sabré, pero creo que fue esa vez cuando tomé conciencia realmente de lo que había significado aquel único partido en ese campo de juego, con su hermano de compañero, con los pantalones azules cubriéndole las rodillas, con la casaca blanca y la estrella de nuestro club sobre el pecho.

Fue ese día cuando la historia que tantas veces había oído se me

metió en la sangre como esos libros que, leídos en nuestra niñez o juventud, nunca se escapan de la mente.

Ahora la antigua historia se revelaba nuevamente en mi mente, era una vieja película que se proyectaba en mi cerebro, pero con imágenes que ya nadie vería y que se extinguirían conmigo, ya que ni siquiera aquellas queridas fotos quedaban como testimonio de vida...

... Era muy temprano aún para llegar a mi empleo y demoré mis pasos por las calles, disfrutando el tibio sol y el brillo de la mañana.

No sé bien cuándo decidí cambiar de rumbo, pero en cierto momento estaba cruzando el puente sobre el arroyo que elevaba sus vapores refulgentes y penetré en el viejo club, perfilado sobre las barrancas añosas que tanto conocía.

Aspiré con fuerza el perfume de los altos pinos, ese mismo perfume de nuestras mañanas de educación física en la escuela secundaria, cuando con Carlos probábamos nuestras fuerzas y nuestra destreza en los tacos de partida de los cien metros llanos, mientras que en el borde del cajón de arena, Julio practicaba con su garrocha una y otra vez.

Miré la estatua siempre rota de ese jugador casi centenario, algo encorvado, con la pelota al pie, que tanto se asemejaba a Taín Armendano en sus mejores tiempos.

Repasé la construcción, el antiguo techo inglés con dos aguas de zinc que el tiempo no lograba corroer, con sus agujas laterales, con la estrella sobre el dintel...

Vi gotear la canilla de la cual tomaran agua tantos sedientos deportistas e incluso probé unos sorbos, para encontrar olvidadas sensaciones de cansancio y ese dolor algo dulzón en el tobillo derecho después del esguince...

Quizás fue un grito o una voz a mis espaldas lo que me hizo volver la cabeza. No lo sé, el sol brillaba mucho en la línea de cal cercana al círculo central y no estoy seguro si vi una número cinco de cuero esperando el toque inicial, junto a una figura que yo conocía muy bien vislumbrada entre los reflejos.

Tenía las escenas de aquella película impresas en mi memoria, fotogramas estampados por la máquina de los años, con palabras de mi

viejo en noches de invierno, junto a la cocina "Carú" que gota a gota inundaba el ambiente con la tibieza empalagosa del kerosene quemado lentamente; en tanto mi madre tejía y escuchaba la radio, hilvanando tangos del "Glostora Tango Club", con las peripecias hogareñas y eternas de los "Pérez García", mientras mi hermana hacía "los deberes" con esa meticulosidad prolija y perfeccionista hasta la exasperación, protestando porque la leche tenía gordura o porque la torta recién horneada tenía gusto a manteca.

Una avalancha de sucesos se apiñaba en mi memoria a un mismo tiempo, provocándome una sensación de impotencia terriblemente parecida a la que experimentara años atrás, cuando quería realizar todos los ejercicios de matemática de una prueba escrita y el tiempo dado por el profesor era demasiado escaso.

- Quizás debería faltar al trabajo- pensé.- Debería ordenar mis pensamientos antes que me desbordaran.

- Quizás debería escribir esa historia aunque no se comprendiera muy bien qué colores vestía cada jugador, aunque no quedara muy en claro cuántos goles olímpicos marcará el Ñato Candia o si Rubira era muy gritón, cuando no le pasaban la pelota...

- Tal vez no importara demasiado confirmar si era cierto que "Goyena Viejo" trataba de "Usted" a su hermano "Goyenita" en la cancha... o si el "Negrito Larregina", jugando al arco, había "tocado" aquella pelota que había salido junto a un poste.

- Quizás debería hacerlo, porque todas las historias -en definitiva- merecen ser contadas, aunque parezcan muy simples, pues detrás de todo pequeño hecho están las intenciones que, por ínfimas que luzcan, su suma siempre ha movilizó el mundo.

- Quizás debería escribir esa historia -me repetí. Podría reunirme el sábado con Daniel y comentarle la idea, aunque tal vez no lo entusiasmará demasiado, porque, en verdad, el relato tendría poco de fútbol...

- ...Pero seguramente él comprendería y compartiría mi motivación de dejar un testimonio, algún mensaje... por si alguien, alguna vez, hallaba aquella fotografía recortada, supiera algunas cosas. Supiera, por ejemplo, que ese muchacho acucillado que sostenía la

pelota y que sonreía levemente de costado, había jugado enfermo ese día y nunca más había vuelto a las canchas, no porque se hubiera desmayado a punto de marcar un gol, sino porque su hermano menor -el que faltaba en la foto- había enfermado gravemente y muerto, destrozado por la tuberculosis poco tiempo después... y mi padre había esperado demasiado tiempo para jugar a su lado como para soportar su ausencia, más aún cuando el sol brillaba en el sudor de los rostros, resaltaban los colores en las divisas sobre el pasto muy verde y el tobillo apenas dolía después de una carrera...

- Debía escribir esa historia, sin importar demasiado el porqué... "Porque el amor es más fuerte..." diría Daniel, usando un párrafo de una canción que hacía furor entre los jóvenes.

El sol brillaba ya alto sobre los pinos y cipreses de mi club y el aire sobre el puente del arroyo olía a mojarras barrosas y a hinojo como cuando yo era niño...

... Ya era la hora de ingresar a mi empleo. Pero no importaba demasiado. Sobre el mediodía saldría un rato, caminaría por las calles y, además, sabía dónde encontrar a Daniel.

- MEMORIA DE UN EX-ALUMNO.-

Han pasado meses, años o lustros y hoy he vuelto a la escuela, mi escuela de siempre. No sé el motivo, ya no lo recuerdo; sólo sé que ya no soy alumno, tal vez todo sea un sueño.

Camino lentamente por las largas galerías solitarias, las paredes me devuelven ecos, quizás de mis pasos, quizás de los latidos de mi propio corazón.

El amplio patio está vacío, el viento barre sus baldosas y eleva mansamente un olvidado papel de caramelo. En vano trato de percibir un saludo, una voz amiga, alguien repasando una lección de Geografía. El patio está vacío y, erguido, sólo y apátrida el mástil sin bandera.

Los claustros no me reconocen, ningún timbre llama al miedo de la clase, ningún preceptor presuroso reclama tizas, un borrador o pide silencio... Mis pasos resuenan, un reloj, un latir... Los pasos, mis pasos. De pronto el corazón se detiene: ¡Esa es mi aula! ¡Ese es mi primer año!

¡ Mi Dios!... ¡Cuántos bancos! Somos un pequeño ejército. Toda una división. Pocos nos conocemos, los demás extraños. Aquí el Negro puro vozarrón; allá Eduardo gran corazón... A los pocos días todos en familia: al costado Carlos muy serio, muy señor; al fondo Luján, Quijote de capa y espada. Hacia adelante y hacia atrás: J.N.; R.E.; R.A... A las izquierda las chicas, hoy ya no me recuerdan: M.A.; R.G.; S.A.; A.A.;

M.V.;...¡Primer año! gran miedo, mucho afán, algo comenzó. Este banco habla por mí.

Recorro pocos metros más y está mi segundo año. ¡Mi segundo año!... ¿Recuerda Sr. Bensabath? Allí esta Ud., su tiza, su cara amiga... y aquí, en este banco, estoy yo. Aquí aprendí ¿recuerda?... Ud. me enseñó.

¡ Segundo año!... Allí nos conocimos gran amigo. Allí comenzó nuestra amistad y nunca más se destruyó, perduró por siempre, ya nada nos puede distanciar.

Las materias ya no están, las lecciones han pasado, qué pueden ya importar. En esos días lo aprendido tenía alas y el llanto era más fácil, la adolescencia estaba y nos oprimía... ¿Realmente había incomprensión?

Los años se fueron después... Hacia dónde ¿por qué? Los recuerdos arrecian y acuden cuando hablo contigo gran amigo... pero aquí, solo en los claustros, solamente me aguardan impresiones nada más: aún está el dolor cuando murió su padre. Aún está el calor en mi mano cuando conocimos a Víctor ¿Recuerdas?... Y las excursiones... nuestra Operación Espanto; Las Cuevas de los Indios, el Gran Héctor, también está él.

Los años se retuercen, retroceden, avanzan con mis pasos. En el vidrio se refleja un profesor. Allí es el aula de Química, allí nuestras risas ante experiencias inútiles, aquí un ave con las alas rotas, aquí hace frío, mucho frío... las fórmulas que infidente muestra el pizarrón, nunca las aprendí...

El último año: el salón de actos, las medallas, los diplomas, la despedida... ¿Llorará mi madre? ¿El traje no me apretará?

... Los últimos días, el desasosiego... ¡Carlos! ¿También te vas? ¡Rigoberto! ¿Te veré otra vez?... Amigo, gran amigo, en tu hombro quiero llorar.

... Los años, el mástil, el patio, mis pasos, los claustros, el viento... La bandera está en su mástil, ¡Los alumnos van a entrar! Mi fila, mi aula, mi amigo... ¿Dónde están?

... Ya no soy alumno, mi banco no me puede hablar...

La Escuela me ha olvidado. ¿ Ud. me recuerda Sr. Bensabath?

- DE RECUERDOS Y OLVIDOS -

- A mi primo Ruben y al poeta de mi pueblo Don Miguel A. Amarante, quienes inspiraron este relato.

Estábamos sentados en uno de los bancos de hierro y madera de la gran plaza, teníamos aproximadamente la misma edad y toda la vida por delante.

Nuestras respectivas madres conversaban a pocos metros, poniéndose al día sobre las novedades y chimentos de familia, ya que se encontraban cada tanto, a veces en el pueblo de provincia y otras, como en esa oportunidad, en la capital de la República.

Mientras tanto tomábamos sendos helados, tan variados en gusto como en color, y observábamos admirados el cambio de guardia de granaderos, que custodiaban la Casa de Gobierno erguidos como astas, con sables relucientes, botas renegridas, morriones color sangre...

Mi primo, unos meses menor que yo, era porteño, de las barriadas bajas, donde aún amarilleaban focos incandescentes que alargaban las sombras de las calles arboladas... En cambio yo había nacido en el interior de la provincia, una región calma, donde las sierras se aplanaban, extendiendo la pampa en lomadas suaves, con algunas crestas rocosas entre cardales y pajonales bravos.

Ambos teníamos la charla fácil, por compartir un fondo de fantasía y de ficción: la capa de Batman, la kriptonita de Superman, las espadas de Pimpinela Escarlata...

Cuando nuestras familias se encontraban, nos buscábamos. Eramos primos hermanos, bastante parecidos físicamente e inquietos como ardillas... casi eléctricos.

La tarde era tibia y húmeda, el viento soplaba del río amarronado y no distinguía entre las cúpulas centenarias de pizarra y los rascacielos de cemento y cristal que comenzaban a perfilarse en el horizonte brumoso del Retiro.

Los granaderos cambiaron sus saludos bajo voces de mando y el refulgir de sables, y mi primo, haciendo gala de su sapiencia de porteño, me indicaba los movimientos de los soldados que se cuadraban, girando sobre sí mismos, como por sobre guías finamente aceitadas.

- Realizan la misma rutina como calcada, desde la época de San Martín. Cuentan que él mismo supervisaba que los cambios de guardia fueran impecables, aún bajo la lluvia o la nieve...

Mi asombro era mucho, ya que sólo los conocía por las estampas de semanarios infantiles, e imaginé largas filas de esos soldados cruzando los Andes, por desfiladeros inhóspitos, siglo y medio atrás, con frío, hambre, sueño y quizás miedo...

- De todos los ejércitos de la independencia, prefiero a los granaderos- opinó mi primo Ruben- aunque los húsares también son increíbles.

- Y los patricios - ¿Has visto también a los patricios?- pregunté interesado al recordar imágenes escolares de la campaña al Paraguay, con marchas de mil leguas por lodazales mortales o el Exodo, a tierra arrasada del pueblo jujeño.

- Por supuesto que los he visto- alardeó un tanto Ruben- basta para ello un desfile del 9 de Julio.No te olvides que en Buenos Aires estaba el poder y que aquí se formaron todos los ejércitos....

- Eso no es cierto- sentenció- las provincias también hicieron su parte. Cerca de mi pueblo, por ejemplo, operó un regimiento famoso...

- ¿No me digas? ¿...Y cuál...? inquirió ladinamente Ruben.

- El Batallón 2do. de Línea, del Ejército de Operaciones del Sud-aseguré, recordando a mi padre, que un día me indicara el origen de un uniforme de época con quepis rojo, botas negras y pantalones azules...

- ¿Y qué hacía en esa zona, cazaba liebres...?- ironizó de nuevo.

- Allí había indios para que sepas, y de los bravos- contesté dolido- Estaban los Catriel y también Cachul. Eran pampas araucanos, descendientes de la dinastía de los Piedra- peroré recordando a mi tío

Clemente que siempre relataba historias de Calfucurá y de la rastrillada hasta Salinas Grandes.

Mi primo Ruben parecía más respetuoso y, picado por la curiosidad, preguntó:

- ¿Y todavía quedan indios en tu pueblo?

- Un montón- inventé- Aunque no viven en la ciudad, sino en las sierras- seguí fantaseando, deleitado por el asombro de mi primo y también con la escena imaginaria de indios de lanza, recorriendo las quebradas y los bajíos del Cerro Sotuyo o los moldejones pétreos cercanos a mis Sierras Bayas.

- ¿Y se los puede ver?- aventuró Ruben cada vez más intrigado.

- Seguro que sí mentí alevosamente, convencido que comenzaba a entrar en terreno de difícil retorno. Pero aún con esa convicción agregué:

- En tu próxima visita, te llevaré al arroyo, entre las sierras, donde bañan a los caballos...

- Andá... me estás tomando el pelo- se encrespó mi primo.

Pero yo insistí, mezclando la verdad y la fantasía, hilvanando frases que recordaba haber leído sobre la conquista del desierto, con datos escuchados a mi amigo Carlos que gustaba investigar sobre tales temas y coleccionar curiosidades nativas de la zona.

Volvimos del paseo a la casa suburbana y en los dos o tres días siguientes que permanecemos, con mi madre, en la gran ciudad, traté de eludir toda conversación relacionada con el asunto de los indios. Recuerdo haber inventado juegos y bromas descabelladas para que mi primo olvidara: por ejemplo vaciamos la cocina de mi tía de toda olla y bártulo que encontramos y los colgamos de las plantas a la hora de preparar la comida, construimos barriletes, imposibles de remontar entre el cableo eléctrico de las calles y tratamos de disparar una ballesta gigante armada con un trozo de elástico y neumáticos de bicicleta.

Pero todo fue en vano y a cada instante se asociaban las ideas y el barrilete le recordaba a mi primo los vientos de la pampa y la ballesta, las flechas indias en los entreveros.

Retornamos a nuestro pueblo en tren, y en el viaje de regreso no logré pegar un ojo y apabullé a mi madre de preguntas, sintiendo que mi

preocupación crecía a medida que ella, con sus explicaciones, tornaba menos probable mis posibilidades de zafar, más o menos airosamente, de mis mentiras.

- Ya no quedaban indios en las sierras.

- La última Catriel había muerto y su rancho de adobe, paja y piedra nada decía de la presencia del indio en la zona.

Mi primo nos visitaría en las vacaciones y había sido casi implacable de tan claro:

- El primer día que visite tu casa, a lo sumo el segundo, quiero ver a los indios y sus tolderías en tus benditas sierras.

Mi madre detectó mi preocupación, pero volví a mentir y aseguré que estaba triste porque me separaba de Ruben. Ella quiso tranquilizarme aduciendo que pronto nos veríamos y yo me sumí en las más negras cavilaciones.

Pasaron los días y pronto comprobé que no deseaba, como otras veces que llegaran las vacaciones. En realidad quería que el tiempo se detuviera. Tan extremo era mi orgullo que suponía una claudicación reconocer que había mentido y que no quedaban indios en mi terruño.

A fuerza de indagar sobre los hechos, me convertí en un entendido de los movimientos de las tropas del Coronel Mitre y de la indiada en los días previos a los combates de Sierra Chica y San Jacinto.

En bicicleta recorría la zona y traté de imaginar cómo había sido el territorio en aquellos tiempos, cuando el blanco todavía no había aún cortado el campo con alambrados, ni intervenido en el curso de los arroyos o plantado montes de eucaliptus para contener los vientos.

Transcurrieron semanas y mi preocupación me absorbió tanto, que me alejó de mis juegos de chico y llevó a mis padres a consultar a un médico ante la sospecha de afecciones varias sobre debilidad, falta de calcio o parásitos intestinales.

Pero mi mal tenía otro origen y mi madre lo descubrió cuando encontró, debajo de mi cama, el mapa que yo intentaba dibujar, con las marchas y la huida de los milicos de Mitre hacia el Azul, después del desastre de Sierra Chica.

Me preguntó qué era aquel enjambre de líneas extrañas y referencias y yo confesé mis penurias. Las vacaciones llegaban, con

ellas vendría mi primo y yo no tenía indios que mostrar.

- Las mentiras tienen patas cortas- comenzó su reprimenda, pero pronto cesó, quizás al comprender mi zozobra e impotencia.

Nada más dijo, pero luego fue mi padre quien me trajo un consejo, elaborado por ambos:

Debía reconocer mis mentiras en una charla con mi primo, pero también debía aprovechar mis conocimientos sobre el tema, es decir, debía organizar una especie de gira turística y demostrar, en el terreno, cómo habían sucedido los hechos que tanto me atormentaban.

Sentí cierto alivio. Sin duda el consejo era acertado. Iríamos de paseo y, entre las sierras, mi historia de indios y lanzas, cobraría mayor realismo, aunque los protagonistas estuvieran ya muertos.

Ya no pensé más y con las energías que sólo dan los breves años, desplegué así una actividad fuera de serie: visité nuevamente a mi amigo Carlos, reuní todo el material indígena que pude- desde puntas de flechas hasta bolas de boleadoras- Recogí historias. Recorrí otra vez la zona hasta reconocer cada hondonada y cada piedra, clavé estacas, donde suponía habían asentado sus campamentos los milicos y donde habían aguardado seguramente los indios.

De pronto todo estaba listo, el croquis se había transformado en un mapa colorido, con referencias que abundaban en detalles extraídos de libros de historiadores locales, donde mi hermana había indicado, con hermosos dibujos, los lugares de enfrentamientos y huida de las tropas, luego de la derrota sufrida en Sierra Chica, cuando abandonaban el campo según el relato del propio Coronel Mitre "...a pie y en el mayor silencio, con los infantes como vanguardia, dos escuadrones de caballería cubriendo los flancos y llevando en el centro bagajes y heridos..."

Y llegó el día tan ansiado y tan temido, mi primo arribó en el tren lento y rechinante de la tarde. No lo fui a esperar, pero supe de su llegada por mi abuela...

A la mañana siguiente recibí su aviso, visitaría mi casa por la tarde y fiel a su promesa deberíamos programar la excursión.

No debía sorprenderme, hacía meses que me preparaba para ello, pero a pesar de todo, no pude menos que reconocer que su

determinación era notable.

Yo tenía dos bicicletas prontas y confiaba que la pedaleada de diez kilómetros lo extenuaría lo suficiente como para que, en medio del paisaje serrano, recibiera, sin demasiada reacción, mi confesión final.

Salimos casi al mediodía llevábamos pan y fiambre barato cortado en rebanadas gruesas, algo de fruta y bastante naranjada. Mi equipo estaba completo: brújula, cuchillo envainado, el mapa colorido, algo de material indígena y cientos de datos que bullían en mi cabeza.

Pedaleábamos serenamente por el camino asfaltado, que en esos días tenía escaso tránsito. La mañana era apacible, con cielo azul muy brillante y aire diáfano.

Una suave brisa inclinaba levemente los pastos hacia el naciente, y los campos se veían muy verdes cuando pasamos frente a los cuarteles del regimiento de caballería, con asiento en las afueras de mi ciudad.

Mi primo comenzó a interesarse y yo tuve tema introductorio sobre los orígenes del Regimiento, sobre el 2do. de Línea, sobre los Coraceros de la Guardia que habían avanzado desde el Azul...

Seguimos adelante, llegamos al curvón un tanto jadeantes, pero allí Ruben se entusiasmó: comenzaban las estribaciones de la sierra, la cantera abandonada y las rocas verdes de líquenes foliáceos y de musgos oscuros.

Pronto dejamos la ruta asfaltada y nos internamos en el camino sinuoso de la sierra, cubierta de grava gruesa, proveniente del destape de canteras, donde los neumáticos rodaban con sonido cantarino.

Ruben había leído el cartel que señalaba a mil setecientos metros el sitio histórico, por lo que aproveché a reforzar mi lección sobre el combate lugareño más relevante de la guerra al indio.

Un sinfín de la cinta transportadora de la cantera cercana rechinaba, mientras acumulaba piedra partida. Dos barrenos explotaron con extraños ecos sacudiendo las entrañas de la tierra..., volaron algunas aves desorientadas y luego un silencio espeso y profundo partió desde la quebrada musgosa y se deslizó como un manto sobre el campo. Atrás quedaba el valle, marcado y festoneado por miles de surcos y vetas de arados...

Sobrepasamos una elevación del terreno y apareció el arroyo que serpenteaba con reflejos de plata, en suave curva hacia el norte. Nos detuvimos bajo la sombra oscura de un pinar y sentimos cómo nos sobrecogía el silencio persistente y denso.

Entonces nos detuvimos, dejamos las bicicletas en el suelo y nos sentamos en la hierba alta y jugosa del buen campo. Ninguno de los dos hablábamos, yo pensé por un instante en desplegar el mapa y comenzar mi exposición final, pero pronto olvidé todo argumento.

Me recosté cara al cielo y mi primo me imitó; las agujas de los pinos dejaban ver el azul cada vez más intenso, con algunos cúmulos blancos e inflamados como pompas.

...Y de pronto llegó el temblor... Me incorporé, sentándome en el suelo con las manos en el pecho, pero comprobé que no era yo quien temblaba, era el suelo que retumbaba.

Mi primo ya estaba de pie y miraba hacia el norte, más allá de la curva del arroyo... Entonces los vi, al galope largo de sus caballos, sin aperos, ni correajes. Algunos montaban totalmente desnudos, brillando como cobre bruñido al sol que caía a plomo.

Ruben señalaba con el brazo extendido. Vi su boca abierta en gritos que nunca oí, mientras corría hacia el vado pedregoso, donde los caballos comenzaban a cruzar, levantando gotas como chispas que llegaban hasta las chuzas.

Corrí tras mi primo, tropezando en el terreno irregular que bajaba hasta el cauce, pero no llegué a alcanzarlo, pues ambos nos detuvimos como clavados en la tierra...

Todos los caballos y sus jinetes indios habían cruzado el arroyo y se alejaban cuesta arriba, pero uno se había detenido en medio del curso de agua, había dado media vuelta, orientándose hacia nosotros: brillo arriba, muy alto en el cielo de la tarde, brillo abajo del agua espejada, brillo en el cuerpo bronceado, en la punta de la lanza, en el pelo renegrido...

No sé qué distancia nos separaba de él, quizás eran pocos metros, quizás más de un centenar...

No nos movimos, pero él sacó su caballo del agua rumbo hacia nosotros...

Los pasos no lo acercaron, pero yo vi muy bien salpicaduras de agua en su rostro de bronce, su nariz como pico de águila, sus ojos negros con fulgores de fiebre, los brazos como garrotes de hembraear la pampa extendida...

Levantó la mano y pude contar sus dedos y seguir las líneas profundas en su palma blanca..., pero aún así no logré moverme.

Mi primo sí avanzó, a paso lento, como suspendido entre los yuyos. Vi sus pies hundirse algo en el limo de la costa del arroyo y levantar sus manos hasta tocar los belfos del caballo húmedo.

Todo duró un instante y después observé cómo un pequeño cuernito en el talón del indio espoleaba suavemente al animal que comenzó a girar y a iniciar el galope dentro del agua, elevando gotas como nunca, para subir luego la cuesta y desaparecer tras la lomada, crin al viento, pelo al viento, moharra emplumada al viento...

Ruben volvió hacia mí, tenía salpicaduras de agua y barro en la cara, y en sus ojos algunas lágrimas...

Yo lloraba blandamente, sin sollozos y sin congoja.

Estuvimos un rato más bajo el pinar, el silencio parecía haberse rasgado y podíamos oír el rumor del agua que llegaba desde el cajón de piedra, donde se alzaban las ruinas del viejo molino.

No sé cuánto tardamos en regresar. No recuerdo el esfuerzo de haber pedaleado. Casi no hablamos, salvo alguna observación circunstancial sobre un tren que pasaba o sobre las tijeretas que cazaban insectos al vuelo en la tarde tibia.

Mi primo siguió para la casa de mi abuela. Después me devolvería la bicicleta. Y yo regresé a mi propia casa, donde caí en cuenta que no habíamos comido ni bebido nada en absoluto y que había perdido para siempre el mapa colorido.

Mis padres habían salido y todo era silencio y penumbras en mi habitación, quizás por eso me recosté y creo que dormí profundamente.

Cuando desperté, mi padre estaba a mi lado, con la luz del velador encendida, observando mi cuchillo de mango de bronce que él mismo había fabricado en su taller.

Entonces sí lloré, con sollozos que empujaban las palabras para relatarle el misterio y el encanto de aquel encuentro.

- ¿Lo deseaste mucho? me preguntó.

- Podía morir para que ello sucediera- respondí sin dudar, con la percepción de la verdad que tenía la dureza de los puños apretados.

- Así son las cosas- afirmó para sí, con la vista fija en la aguja de mi brújula que tiritaba hacia el norte.- Para que un hecho se produzca, uno debe desearlo con todas sus ansias, sin que otra cosa importe.- Agregó.

Nunca olvidé aquellas palabras y dos o tres veces en mi vida, cuando algún deseo muy querido se convirtió en realidad, volvieron a golpear en la puerta de mi mente.

.....

Con mi primo nos seguimos viendo, aunque los encuentros se fueron espaciando con el tiempo. Nunca hablamos de aquel hecho magnífico, hasta que un día, muchos años después, nos encontramos en un antiguo café, de esos que existen tanto en las grandes ciudades como en los pueblos de provincia.

Hacía poco que mi padre había muerto y ambos derramamos algunas lágrimas silenciosas y quemantes...

Nos miramos, ya no éramos jóvenes, teníamos el pelo blanco y arrugas espigadas alrededor de los ojos.

Fue entonces, cuando movido por un extraño impulso, nacido quizás de nuestro encuentro o de la emoción de recuerdos nostálgicos, evoqué aquel suceso y le confíe cuan había sido mi sorpresa ante la magia de aquel día...

Le relaté también cómo me había marcado la conversación mantenida con mi padre. El sonrió levemente y también se confesó: " Nunca había creído en mi historia, siempre había sabido que en mis pagos ya no quedaban indios, sólo me había seguido la corriente y alimentado mis delirios, porque, en el fondo, él también deseaba de corazón que todo fuera realidad."

Salimos a la calle, un soplo frío de la sudestada de junio nos golpeaba los rostros, donde aún ardían las lágrimas.

Nos abrazamos largamente en algo más que una despedida, en una

mezcla de hermandad, infancia, comprensión, dicha y revelación.

Lo vi alejarse, caminando por la vereda bordeada de árboles desnudos. El frío de junio ya no me hería, una cálida calma me llegaba desde el rincón dulce donde suelen forjarse las ilusiones y los sueños, y como saetas brillantes, aparecieron en mi mente unos versos olvidados y escuchados treinta años atrás a un viejo poeta de mi pueblo:

"Así vi al cacique una reciente tarde "

.....

"mirando los otrora dominios de su raza."

"No sé si fue una nube la que forjó su imagen "

"que el soplo del pampero después desdibujara "

"dejando sólo al potro que con largo relincho "

"estremeció los campos y estremeciome el alma."